

Selección TERROR

Ada Coretti

LA DANZA DE LOS ESQUELETOS



SELECCION
TERROR

LA DANZA DE LOS ESQUELETOS

ADA CORETTI

Colección
SELECCIÓN TERROR n.534
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

529 — Post Mortem — *Frank Caudett*.
530— Más Allá del Sepulcro. — *Curtis Garland*.
531 —La llamada de los Muertos. — *Adam Surray*.
532— Tumba sin Fondo. — *Clark Carrados*.
533 — La Tarántula Asesina. — *Joseph Berna*.

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 9.430 - 1983
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: Mayo 1983
2ª edición en America: Noviembre 1983

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, *2*.Barcelona (España

CAPITULO PRIMERO

En el bar Moon Flood se reunían todas las prostitutas de la pequeña localidad de Bannonwell.

Era aquél un local bastante espacioso, con una amplia barra y mesitas por los lados, discretamente situadas.

Los hombres que buscaban un desahogo sexual, lo tenían sencillo, acudían allí, elegían, y no se hablaba más. Todo iba rodado. Ellas estaban en el bar para eso, para encontrar clientes y ganarse unas libras.

A la salida, claro, ya sabían a donde ir. A la casa de una vieja desdentada que cerca de allí alquilaba habitaciones por un precio muy módico. Aunque las habitaciones eran un desastre. Pero, bueno, había una cama y era eso lo que se buscaba.

Pero lo más especial y característico del bar Moon Flood, no era la clase de personal que acudía allí. Cierto que el local tenía muy mala fama y que por su puerta no entraba una muchacha decente ni por casualidad. Ni un hombre que no deseara, cuando menos, dar un par de pellizcos a la primera que se le pusiera al alcance.

Sin embargo, lo dicho, lo verdaderamente curioso de aquel bar no era la clase de personal que lo frecuentaba, sino su propietario, Harry Kidd, un hombre de mediana edad, recio, fuerte, que se había vuelto ciego un par de años atrás. Total y absolutamente ciego.

Pero a pesar de carecer de visión, y aquí está lo insólito y desconcertante del caso, es que seguía sirviendo a sus clientes casi con la misma rapidez y competencia que antes. Por lo visto tenía medidas exactamente las distancias del local, y los metros de la barra, y los pasos que había de aquí para allá, y era raro, rarísimo, que se equivocara más de un par de centímetros.

Claro que estaba la gorda Dorothy, su esposa, que le quitaba el trabajo más comprometido. Aun así, Harry Kidd daba la sensación en todo momento de bastarse y sobrarse a sí mismo.

Aquella noche de invierno, a través de los cristales del local, no se veía nada, ni a nadie.

Había una niebla espesa, compacta, que diluía y tragaba las siluetas de las pocas personas que transitaban por la calle.

Aquella niebla, sin embargo, no sorprendía a nadie. Quizá les hubiera sorprendido no verla.

En Bannonwell había muchas noches como aquélla.

La niebla, que empezaba a aparecer a eso de media tarde, se hacía cada vez

más intensa hasta terminar convirtiéndose en una auténtica cortina.

Un tal Holcomb acababa de entrar en el bar. Era un hombre de unos cincuenta años, muy corpulento, con el cuello grueso como un toro. Pidió una cerveza y se quedó mirando a las chicas.

Estaba pensando por cuál decidirse, cuando se le acercó Vanessa, contoneando las caderas y sentándose a su lado en la barra, en uno de los altos taburetes, mientras cruzaba las piernas y enseñaba los muslos.

Eran unos muslos que estaban muy bien, y la interesada lo sabía. De ello que los enseñara generosamente a la primera oportunidad. Por lo demás, Vanessa no era excesivamente guapa.

Aunque sí joven y simpática. Desde luego su fuerte estaba en la cama. Todos sus clientes coincidían en asegurarlo así.

—Qué, ¿buscando un poco de compañía? ¿Te valgo yo? Anda —le sonrió—, invítame a una copa.

—De acuerdo —dijo Holcomb mirando con agrado a la pintarrajeada Vanessa.

Mientras bebía la copa, que Harry Kidd le sirvió con una precisión matemática, la muchacha le dijo a su nuevo cliente que ya sabía quién era.

Se llamaba Holcomb y era el dueño del supermercado. Estaba casado con una mujer muy honesta, y tenía un hijo, llamado Tom, que sólo sabía gastar dinero y darle dolores de cabeza.

—Sí, ése soy yo —reconoció Holcomb—. Por cierto, ya que me has nombrado a mi hijo... —quiso aprovechar la ocasión—. Dime, ¿conoces a Tom?

—No —contestó Vanessa—. Ni yo ni ninguna de mis compañeras, que yo sepa. Tu hijo no viene por aquí. Se deduce que somos poco para él. Pica más alto, ¿eh?

—Le gusta coger el coche y marcharse a la ciudad —dijo Holcomb—. Pero, bueno, yo no he venido aquí a hablar de mi hijo. Ya sabes para qué he venido. Qué, ¿nos vamos ya?

—Cuando tú digas, guapo —y Vanessa terminó de beberse el contenido de la copa.

—Eh, oye, que yo de guapo no tengo nada. ¿Es que llamas guapos a todos los hombres?

—Sí —dijo ella, sonriendo—. ¿Por qué no?

Ya en la calle, en medio de la compacta niebla que envolvía la localidad como si se tratara de un sudario gris y húmedo, la muchacha le informó que había

subido su tarifa, y puntualizó:

—Además, suelo cobrar por adelantado. Anda, afloja... —y le alargó la mano, la palma hacia arriba.

A Holcomb le pareció demasiado lo que la chica le pedía, así que no se anduvo con miramientos y protestó:

—Que yo sepa no eres ninguna princesa... Mira, o rebajas el precio o te quedas sin cliente...

—O pagas el nuevo precio —repuso Vanessa—, o eres tú quien se queda sin compañía.

Holcomb estuvo por ceder. Vanessa tenía un bonito cuerpo y unos muslos magníficos. Además, aunque iba directo a su negocio y no se andaba por las ramas, resultaba agradable y simpática.

Pero Holcomb era tacaño. Aunque, bueno, la verdad es que con su hijo no lo había sido nunca, siempre le había concedido todos los caprichos. De ello, tal vez, que le hubiera educado tan mal.

Como fuera, Holcomb optó finalmente por volver sobre sus pasos e ir a buscarse otra prostituta con menos pretensiones.

—Sin duda la encontraré —dijo.

—No valdrá lo que yo —le aseguró Vanessa—. Tú te lo pierdes.

Ella no había de ceder. Era cuestión de puntillo, de profesionalidad. Holcomb tampoco cedió.

Así que, poco después, él se volvió hacia el bar y ella siguió adelante, hacia su casa.

Había decidido no trabajar más aquella noche.

Desde hacía rato estaba doliéndole la cabeza. Se tomaría un oía de fiesta, o mejor dicho, una noche de fiesta, que bien mirado se lo merecía.

Era muy pesado eso de estar siempre a disposición de cualquiera, del primero que se le acercara.

Vanessa siguió por aquella estrecha calle, la cual desembocaba en otra mucho más ancha, la mejor de Bannonwell. Donde estaban las tiendas y los establecimientos más modernos.

Ella vivía bastante lejos de allí, en las afueras de la localidad. Pero como solía caminar a paso rápido llegaba en poco más de quince minutos.

Una vez en su hogar, en aquella planta baja donde todo era vulgar y mediocre, su único consuelo consistía en permanecer junto a su madre. Su buena y pobre madre, que enferma del corazón desde hacía anos, apenas sin salir de casa,

estaba lejos de imaginar que ella se ganaba la vida del modo que lo hacía. Creía que trabajaba como taquillera de un cine.

Iba Vanessa con sus pensamientos, cuando, habiendo dejado ya atrás las calles de la localidad, se encontró en medio de la carretera.

Una carretera y unos alrededores solitarios que, por primera vez en su vida, sin saber exactamente por qué, le hicieron sentir un escalofrío culebreante.

Sin embargo, esa noche era parecida a las demás. No pasaba nada de particular.

Bueno, eso fue al principio.

Luego sí pasó algo...

Algo que le hizo dar un súbito respingo y quedarse con la respiración cortada y con la mente bloqueada a todo aquello que no fuera un espanto total.

Aquello no podía ser verdad. ¡Era demasiado horrible, demasiado espeluznante para serlo!

Cerca de ella había aparecido un esqueleto.

Así, tal como suena.

Un esqueleto.

Todo el armazón óseo de un cuerpo humano estaba allí, ante los asustados, ante los aterrorizados ojos de Vanessa. Huesos que se movían, porque a pesar de ser simples y meros huesos, parecían estar llenos de energía, de vigor, y daban la sensación de pedir a gritos su derecho a la vida.

La mandíbula del esqueleto se movió, arriba y abajo, como si quisiera hablar, decir algo. No obstante, la mandíbula terminó inmovilizándose, sin que se hubiera oído palabra ninguna.

Vanessa abría los ojos hasta desorbitarlos, hasta desencajarlos, mientras toda ella, pasto del espanto, temblaba como un reo condenado a la última pena cuyo recurso de apelación acabara de ser desestimado.

De pronto, la tibia y el peroné de la pierna derecha del esqueleto dieron un paso adelante. También se movió el cubito y el radio de su brazo derecho. Y fue entonces cuando Vanessa vio que los huesos de la mano, carpo y metacarpo, sujetaban algo.

Era un frasco de plástico. Un vaporizador.

Vanessa creyó que iba a perder la razón, o tal vez la había perdido ya.

¿Acaso los esqueletos se mueven, van de un lugar para el otro, tienen vida? ¿Quizá usan frascos vaporizadores para algo? ¿Qué explicación, que no fuera pura locura, auténtica demencia, podía explicar aquello?

Puede que los esqueletos, los que logran salir de sus ataúdes y recobran la libertad, no estén tan muertos como creen los vivos.

Así debía ser, porque tenía uno ante sus ojos ya las pruebas había que remitirse. La evidencia se imponía de un modo ciertamente sobrecogedor.

Pero ¿qué hacía ese esqueleto con el vaporizador en la mano? Parecía que iba a usarlo.

Vanessa había de saber pronto cómo y con quién iba a usarlo. El desenlace estaba próximo.

Un desenlace horripilante, pavoroso. Faltan palabras para expresar todo el alucinante horror de esos instantes que a Vanessa le faltaban por vivir.

De pronto, se movieron de nuevo los huesos del esqueleto, los que correspondían a la mano. El vaporizador funcionó.

Vanessa sintió sobre su rostro, pulverizado, un líquido de extraño aroma. Inició un gesto de retroceso.

Sólo lo inició, pues era aquél un vaporizador paralizante y los efectos se hicieron sentir de un modo inmediato. Por lo que Vanessa se quedó inmóvil, como hecha de una sola pieza, incapaz de moverse, inhábil para hacer el menor movimiento, sintiendo como las piernas apenas le sostenían.

Sin duda, pensó Vanessa en medio de su aturdimiento, el efecto del vaporizador no duraría mucho.

Efectivamente, pasados treinta segundos los efectos desaparecían.

Pero quedaba aún medio minuto...

Y el esqueleto iba a aprovechar ese medio minuto.

Entre la espesa niebla, y entre la oscuridad, el esqueleto se movió y entonces Vanessa vio que llevaba una bolsa de tela oscura colgada de su brazo izquierdo.

De esa bolsa sacó una botella, que destapó con cuidado, pero sin dilaciones. Y acto seguido vació su contenido sobre el calzado y las piernas de la muchacha, y sobre sus cabellos y rostro. También sobre su vestido.

Aquélla era una diabólica mezcla de gasolina, azufre y fósforo.

El esqueleto había hecho aquello sin que Vanessa acertara a retroceder, ni a rechazarle, ni a gritar, ni a nada. Los efectos vaporizantes persistían.

Los ojos pintarrajeados de Vanessa fueron los únicos que siguieron teniendo auténtica vida. De ello que se entreabrieran cada vez más expresando un horror y un pánico inconmensurables, sin límites.

Después, ya la botella vacía de nuevo en el interior de la bolsa de tela oscura,

en la mano del esqueleto apareció algo que lanzó reflejos dorados.

Era un encendedor de oro, que tenía una forma muy peculiar. Como si se tratara de la cabeza de un dragón. La lengua del dragón, al ser accionada hacia abajo, haría surgir el resplandor siniestro...

Ya habiendo sucedido esto, el encendedor se acercó al cuerpo de Vanessa. El esqueleto había extendido el brazo, al máximo, para quedar fuera del círculo de acción que evidentemente podía resultar peligroso.

De súbito, el fuego surgió, más bien estalló, prendiendo en el calzado y en las piernas de Vanessa, y en sus cabellos y rostro, y en su vestido, y en realidad en todo su cuerpo.

Vanessa se agitó entre el fuego, haciendo gestos horripilantes, despavoridos. Ahora sí gritaba, lanzaba auténticos alaridos. Estaba ardiendo viva.

El esqueleto retrocedió unos pasos y desde allí contempló regocijado su obra. Pero, bueno, lo cierto es que no habían ojos en sus cuencas. Era sólo un esqueleto.

El fuego, muy vivo, intenso, siguió su tarea, lanzando ardientes y crepitantes llamas.

La carne se quemaba, se chamuscaba.

La mezcla de gasolina azufre y fósforo no podía haber resultado más efectiva, más contundente.

Pero, claro está, Vanessa había ya perdido el conocimiento, dejando de gritar, y -ahora sólo era un cuerpo que había caído al suelo y que, sobre la carretera, ardía por los cuatro costados.

CAPITULO II

El chalet que Loretta había heredado de una hermana de su madre, estaba situado sobre un montículo, no muy lejos de la carretera por la que en unos pocos minutos se llegaba a la localidad de Bannonwell.

Lo mejor del chalet era su perspectiva, que abarcaba fácilmente toda la zona. Siempre que no hubiera niebla.

Así pues, desde sus ventanas se podía ver perfectamente la localidad de Bannonwell. Con mayor motivo se podía ver, pues, junto a la misma carretera, la casa que pertenecía a la señorita Lillian. Una mujer de unos cuarenta y tantos años, a la que costaba poco calificar de fea.

Esa casa, con un amplio balcón en su fachada principal, se miraba con sumo agrado, era bonita y elegante. Uno deducía de inmediato que allí dentro todo tenía que ser primoroso. Como ciertamente lo era.

La casa tenía un jardín por su parte de atrás.

Donde su propietaria pasaba bastantes ratos esforzándose porque todo estuviera debidamente cuidado, perfectamente en orden. Dada la impresión de ser muy meticulosa en sus cosas.

Frente a la casa de la señorita Lillian, una vez cruzada la carretera, habían otras casas. Pero éstas eran modestas, insignificantes. Apenas se reparaba en ellas.

Respecto al arbolado de aquellos alrededores, poco podía contarse. En aquel terreno sólo despuntaban los matorrales. En realidad sólo había un árbol entre el montículo donde se asentaba el chalet de Loretta y la casa, al pie de la misma carretera, de la señorita Lillian.

Era éste un árbol de ancho tronco, de numerosas ramas, de frondoso follaje. Parecía querer ser, a falta de otros, un buen exponente de su especie.

El bosque propiamente dicho, aparecía muy lejos. Tan lejos que era como si ya no perteneciera a los habitantes de por allí.

En fin, la perspectiva desde el chalet que Loretta acababa de heredar, no tenía nada de particular, lo que no impedía, empero, que fuera lo mejor que tuviera que ofrecer.

Por dentro, el chalet estaba falto de pintura y muy mal arreglado. Por lo visto su tía había vivido entre aquellas paredes sin ánimo para nada.

A Loretta no le extrañaba. Desde que se quedó viuda, todo había sido para su tía un ir pasando sin sentir el menor aliciente por la vida.

Tras echar una nueva mirada desde una de las ventanas, Loretta pensó que le gustaría no vender el chalet y conservarlo. Pero, claro, como mínimo tendría que pintar y empapelar, y comprar algunos muebles.

Poniendo en orden en uno de los cajones, fue cuando, de la forma más inesperada, se encontró con una caria:

> Querida sobrina:
>
> Vende el chalet. Debes hacerlo si no quieres que los esqueletos te lleven a su espeluznante y tenebroso mundo, que sin duda es el mundo de los muertos.

Loretta sacudió la cabeza como un perrito que sale del agua. Quiso desaturdirse.

¿A qué venía que su tía le hubiera dejado escrita aquella carta? ¿Qué sentido tenía que le hablara de esqueletos y que le previniera contra ellos?

Pero algo estaba claro, que su tía no había querido gastarle ninguna broma y que toda ella, en el momento de escribir aquellas líneas, debía estar llena de miedo hacia algo extraño, insólito e intangible que posiblemente escapaba a su raciocinio.

Loretta se dijo que tenía que olvidarse del contenido de aquella carta. Aunque su tía se la escribiera con su mejor buena voluntad, resultaba cierto e incuestionable que no podía tomar en serio lo que allí ponía.

No obstante, Loretta se dio cuenta de que estaba pálida, muy pálida, al verse reflejada en un espejo. Como si dentro de ella, al margen de todo razonamiento, un sexto sentido le estuviera diciendo que no debía desestimar en modo alguno aquellas líneas escritas por su tía.

También vio en la imagen del espejo a una muchacha de unos veintidós años, bien proporcionada, de cabello castaño, ojos azules, muy expresivos, y boca que sabía reír con facilidad.

No reía en aquel momento, por descontado que no. El horno no estaba para bollos. Desde luego el contenido de aquella carta le había puesto de mal humor.

De ello que, poco después, se pusiera un grueso jersey sobre los hombros y saliera a dar una vuelta.

Sin duda el aire del atardecer, algo frío, le aclararía la cabeza y las ideas. Por lo menos era de esperar que le sentara bien.

—Volveré pronto —dijo a la criada.

La había cogido a su servicio haría sólo un par de días. Le dieron buenas referencias de ella en el supermercado de Bannonwell, cuyo propietario, por lo que oyó, se llamaba Holcomb. Se trataba de una mujer con cara de buena

persona.

Loretta empezó a andar. Sin dirección fija.

Al poco, había descendido al montículo y se detenía junto a aquel árbol solitario que en realidad se hallaba muy cerca del chalet. En cierto modo como si fuera más suyo que de los demás.

Después siguió adelante, pero no hacia la carretera, ni hacia la casa de la señorita Lillian, sino dirigiéndose hacia ese bosque al que ya sabía que no iba a llegar. Pero quizá, nunca se sabe, algo instintivo le llevaba hacia allí.

La niebla estaba haciendo acto de presencia.

Hasta entonces no había comparecido. Aparecía rezagada, como llegando tarde a la cita concertada.

Pero ya estaba allí, hecha jirones a ras del suelo y abanicando y enseñoreándose del ambiente por minutos.

Para cuando Loretta logró alejar de su mente la carta de su tía, la noche se le había ya echado encima. De un modo rápido, precipitado, igual que si hubiera querido sorprenderla.

Por lo demás, la niebla se había hecho más densa, más compacta. Ahora daba la sensación de que podía cortarse y rasgarse con un cuchillo.

Loretta decidió regresar y fue entonces, al pisar unas hojas secas, unos pequeños matojos, cuando sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

Soltó un pequeño grito, mientras caía en un agujero que años atrás bien pudo ser un pozo.

* * *

Había quedado conmocionada. Pero no tardó en recuperarse, dándose cuenta de que, a pesar de todo, había tenido suerte. No se había roto nada. Aunque, eso sí, se sentía dolorida por todas partes.

Miró hacia arriba y entonces, ya sin necesidad de más, empezó a pensar que quizá no había tenido tanta suerte como había supuesto en un principio.

El pozo, o el agujero, o lo que sea que aquello fuera, tenía la suficiente profundidad como para que ella no pudiera hacerse ilusiones respecto a la posibilidad de salir de allí sin ayuda.

Y lo malo era que por aquellos alrededores no vivía nadie. Así que, por mucho que pidiera auxilio, no era fácil que nadie la oyera.

Además, que dentro de muy poco sería ya completamente de noche. Todo se

estaba poniendo en contra suya.

-La muchacha intentó cogerse a unas piedras que vio a su alcance, con la pretensión, por descontado, de ver de salir de allí de mejor o peor manera. Pero las piedras se desprendieron de la tierra y no pudo conseguir, ni por asomo, lo que pretendía.

Sin embargo, había de intentarlo de nuevo. No podía quedarse allí tan tranquila. Algo tenía que hacer.

Al darse cuenta de que no podía hacer nada, empezó a alzar la voz, a pedir auxilio con todas sus fuerzas.

Quién sabe, a lo mejor pasaba alguien por allí y la oía. Ojalá fuera así. De lo contrario sus perspectivas no iban a ser nada halagüeñas.

Pero nadie respondió a sus voces y terminó convenciéndose de que estaba perdiendo el tiempo. Entonces dejó de gritar y se acurrucó en el fondo del agujero. La verdad es que el frío y la humedad se le habían metido en el cuerpo.

Haría unos diez minutos que permanecía encogida, hecha un ovillo, queriendo darse calor a sí misma, cuando oyó un ruido allá arriba.

Se puso en pie de un brinco y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Esperó a ver si alguien le respondía, pero no oyó ninguna voz humana. Sin embargo, lo cierto es que seguía oyendo un ruido cerca de donde ella se hallaba.

Se asustó. Quizá se tratara de algún bicho, de algún animal. De ser una persona hubiera respondido a sus voces.

Aun pensando así, volvió a elevar la voz y a pedir ayuda Quizá se tratara de una persona sorda.

Pero esa persona, si es que efectivamente se trataba de una persona, no respondió nada. Si era sorda, desde luego lo era como una tapia.

Loretta se quedó escuchando. ¿Seguiría oyendo aquel ruido...? Tal vez, pensó, sus oídos le habían jugado una mala pasada. Quizá se lo había imaginado todo.

No tuvo tiempo de hacerse más reflexiones. Quien habia hecho aquel ruido acababa de acercarse al agujero, dejándose ver.

Loretta, pues, le vio... Y la verdad es que se sintió asustadísima, realmente aterrorizada.

¡Allá arriba había un esqueleto!

Entre las sombras de la noche y la espesa niebla, el esqueleto movía sus huesos con absoluta naturalidad. Como si nada. Como si todo aquello fuera lo más natural del mundo. Loretta se puso a temblar. Tanto y- de tal modo que sus dientes empezaron a castañetear unos contra otros.

En eso vio como se movía la mandíbula de su espeluznante visitante y oyó su voz hueca, cavernosa, que le decía: —No te preocupes, yo te ayudaré a salir... La muchacha creyó que no había oído bien. Los tímpanos debían estar funcionándole defectuosamente.

Pero, por lo visto, también le funcionaban mal los ojos. Porque seguía viendo allá, en lo alto, al esqueleto.

—Voy a echarte una cuerda... —volvió a sonar la voz hueca, cavernosa—. Así podrás salir... Pero antes, dime, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?

En medio de un vapor que amenazaba con desquiciarla, la muchacha tragó saliva y encontró valor para responder: —Soy la dueña del chalet del montículo. Vengo de la ciudad. Me llamo Loretta...

—¿Eres una muchacha valiente? —preguntó seguidamente

la voz hueca, cavernosa—. Me gustaría que lo fueras y que no te asustara mi presencia. Si me tienes miedo —agregó—, quizá prefieras que me vaya y te deje a tu suerte...

—No, no... te... tengo mié... miedo... —tartamudeó Loretta, pensando que si el esqueleto no la sacaba de allí quizá no lo haría nadie, ni aquel día, ni al siguiente, ni al otro, y en consecuencia acabaría muñéndose de hambre, sed y frío.

—No pretendo hacerte el menor daño —siguió diciendo el esqueleto—. Yo nunca hago daño a las buenas chicas. Porque tú eres una buena chica, ¿verdad?

—Sí, sí —afirmó Loretta, y seguía tragando saliva como mejor podía.

—Si fueras una prostituta todo sería distinto —sonó otra vez la voz hueca, cavernosa—. Odio a las prostitutas. Mi mayor placer estriba en acabar con ellas...

—¿Cómo...? —inquirió Loretta—. ¿Cómo has dicho...?

—Es una larga historia. Se remonta a varios años atrás. ¿Quieres que te la cuente?

—Preferiría..., preferiría... salir de aquí... —Loretta sentía los pelos de punta y la piel de gallina—. Primero salgo y luego me lo cuentas todo, ¿eh?

La muchacha hablaba y se desenvolvía en medio de un espanto que anulaba su capacidad de profundizar en el hecho, en la circunstancia que estaba

viviendo.

En realidad, ¿cómo era posible que estuviera hablando con un esqueleto...? ¿Es que, acaso, se había vuelto loca...?

Pero deseaba salir de allí, y a falta de una ayuda mejor aceptaba la primera que se le ponía por delante. Sin darse cuenta, posiblemente, de las consecuencias deplorables que aquello podía conllevar.

—Prefiero contártelo ahora —dijo la voz ronca, cavernosa, mientras de nuevo se movían las descarnadas mandíbulas—. Después te ayudaré a salir... Pero no —el esqueleto se corrigió a sí mismo—, no estoy de humor para contarte lo sucedido. Bastará con que te diga una cosa, por culpa de una prostituta me convertí en el hazmerreír de todos De ello que, después de muerto, dejara mi actitud pasiva resignada, y me llenara de odio, de rabia, de rebeldía Una furiosa e incontrolada rebeldía con la que conseguí romper la tapa del ataúd, sacar la losa del nicho y salir de nuevo a la libertad... — Tras una pausa, la voz que parecía llegar del otro mundo, agregó—: Mi nombre es Danny Gregg.

—Ahora que sé quién eres —dijo Loretta—, ¿puedo ya salir? ¿Vas a ayudarme?

—Sí... —asintieron aquellas descamadas mandíbulas moviéndose—. Ahora mismo... Ahora mismo...

El esqueleto retrocedió unos pasos y Loretta dejó de verle

Pero en seguida estuvo de nuevo allí, en esta ocasión con una cuerda entre los huesos de sus manos.

La oscuridad de la noche era ya muy intensa. La niebla se había hecho espesa como una papilla.

Aun así, Loretta vio como el esqueleto se inclinaba y le echaba la cuerda.

—La he atado a unos matorrales —dijo la voz de siempre hueca y cavernosa —. Puedes cogerte con fuerza No cederá...

La muchacha se afanó por salir de allí. Ahora tenía en la cuerda una ayuda inestimable.

En efecto, poco después estaba ya arriba.

Sin embargo, cuando la muchacha alzó la mirada y buscó al esqueleto con expresión más aterrorizada que agradecida este había desaparecido ya.

Se había difuminado entre la oscuridad y la niebla como una pesadilla de esas que parecen que han sido verdad v en realidad...

Y en realidad, ¿qué? ¿Qué había sido exactamente todo aquello?

Rotos sus nervios, a un paso del más absoluto histerismo la muchacha echó a correr hacia su chalet.

CAPITULO III

El inspector de policía era un hombre que en su fuero interno había deseado en más de una ocasión vérselas ante un caso complicado. Un caso que le diera opción a demostrar su valía personal.

Y he aquí, qué duda cabe, que su deseo se había visto cumplido. Y con largueza, evidentemente.

Todo lo que se refería a la prostituta Vanessa estaba tan poco claro que a menudo tenía que sacudir la cabeza para así sacudir también las ideas y poder pensar con cierta sensatez y coherencia.

Al principio creyó que tendría que limitarse a buscar a un ser sádico, o tal vez a un psicópata, o posiblemente a un demente. Pero el asunto se había complicado. Una anciana que iba por la carretera había asegurado que a Vanessa le había matado un esqueleto...

Como es lógico, el inspector no aceptó como buena esta información. No obstante, las aseveraciones de la anciana trascendieron y la noticia de que rondaba un esqueleto por Bannonwell fue publicada por un periódico de la ciudad.

Por lo demás, el tal rotativo acababa de enviarle a Scott Bell, a su periodista más metomentodo, para que sacara jugo al asunto. Un asunto que tratado convenientemente podía dar mucho de sí. Sobre todo teniendo en cuenta el morbo del público lector.

—Ya hemos hablado bastante de toda esta estupidez, ¿no cree? —el inspector agrió el tono, encarándose al joven periodista—. Ahora le agradeceré que salga de mi despacho y me deje trabajar.

—¿Llama estupidez —inquirió Scott Bell— a que el asesino utilice una mezcla de gasolina, azufre y fósforo? Porque la autopsia dejó esto bien claro, que la víctima ardió

-Se lo he explicado ya todo, más no he podido hacer -repuso el inspector-. Y si algo califico de estupidez, no es el modo como el asesino eliminó a su víctima, sino que alguien crea, o pueda creer, que el asesino es un esqueleto

-Sin embargo -observó el periodista-, convenga conmigo, inspector, en que éste es el detalle más particular -curioso de todo este asunto. Un esqueleto que vaya tan campante de aquí para allá, no deja de ser...

—Una estupidez, lo dicho —el inspector le había interrumpido--. Asi que yo le ruego que no enrede más todo esto Sé que en cierto modo dependo de usted -admitió-. Si empieza a enviar artículos a su periódico diciendo que el tal esqueleto viviente es una realidad...

—No diré lo que no sea —le prometió Scott Bell—

Aunque, claro, tampoco lo negaré del todo. Compréndame inspector, me debo a los lectores, al público. --Sólo comprendo que...

No dijo nada más, porque la puerta se abrió sin previo aviso, dejándose ver una muchacha tan nerviosa, tan excitada, que parecía no saber lo que hacía.

Pero sí lo sabía, así que se apresuró a decir: —Le ruego que me disculpe, inspector. Sé que no se debe irrumpir así... Pero es preciso que me atienda, el caso lo requiere...

El inspector de policía había torcido el gesto: No le había gustado en absoluto que su ayudante no hubiera conseguido detener a aquella muchacha.

Scott Bell, por el contrario, había animado el gesto la expresión. ¡Vaya muchacha guapa! El solo hecho de mirarla ya justificaba su llegada a Bannonwell.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó el inspector de mal humor.

—Me sucedió ayer... —dijo Loretta, pues se trataba de ella—. Fue algo horrible, espantoso... He intentado serenarme, relajarme, tomármelo todo con un poco de calma, pero le aseguro que no he podido.

—¿Se puede saber de qué me está hablando? —preguntó el inspector.

Loretta se lo dijo por las buenas.

—Le hablo del esqueleto.

—¿De qué...? —el inspector se había levantado de su asiento giratorio como impulsado por un resorte.

—Nos gustaría que nos lo explicara mejor —y había sido Scott Bell quien acababa de intervenir—. ¿Quiere hacerlo, por favor?

Loretta miró al periodista y pensó, al verle tan alto y tan musculoso, y a la vez tan virilmente guapo, que un novio de esas características no le caería nada mal.

Le chocó tal pensamiento en unas circunstancias como aquéllas, que no tenían nada de satisfactorias y aún menos de románticas. Pero ella era una mujer y por lo visto esto era lo que, pese a todo, había prevalecido en aquel momento.

Como fuera, la realidad se imponía, así que se limitó a referir lo que le sucedió la noche pasada. Desde el principio hasta el fin. Punto por punto.

—O sea, que le ayudó a salir del agujero un esqueleto, ¿no es eso? —el inspector estaba a punto de perder la paciencia.

—Sí —dijo Loretta.

—Y no sólo eso, también le habló... Le dijo que se llamaba Danny Gregg...

—Sí —volvió a decir Loretta.

—¿Y usted espera que yo la crea? —la paciencia del inspector se había acabado ya—. ¿De veras lo espera?

—Cuesta de creer, ya lo sé —repuso Loretta—. Incluso yo misma, mientras lo veía, no lo creía... Pero le aseguro Que ese esqueleto existe, que es algo real, auténtico...

—¡Pero qué demonios le pasa a todo el mundo! —exclamó el inspector—. Primero la anciana, luego usted... ¿Qué es lo que se proponen?

—No le engaño. Sólo le estoy diciendo la verdad —Loretta se lo aseguró con un tono ciertamente convincente, que aun así, claro está, no había de surtir el menor efecto—. El esqueleto existe...

—Si está imaginando que soy idiota, está en un error. No soy ningún idiota, ni por lo demás estoy dispuesto a consentir que nadie lo crea —el inspector alzaba el tono, intentando hacerse respetar—. Ahora bien, si es verdad que ha visto usted el esqueleto ese... Pues en tal caso le sugiero que vaya a ver a un psiquiatra...

—¿Está insinuando que estoy mal de la cabeza? —inquirió la muchacha.

—A esa pregunta ha de ser usted misma la que se responda. Yo ni siquiera sé quién es usted. —

Pero se puso de nuevo en su puesto de policía y responsable de lo que pudiera suceder en aquella localidad, considerando que, le gustara o no, así debía hacerlo y agregó—: Bueno, dígame su nombre. —Loretta.

—Su apellido... —solicitó, tras haberse acomodado de nuevo en su sillón giratorio—. Profesión, estado, domicilio actual...

Había de anotar en un bloc todas las respuestas de la muchacha. Incluso la que vino a continuación. Si bien ésta se la formuló, por su cuenta, el joven periodista. —¿Tiene novio? —No, no...

Cuando el inspector creyó ya saber de la muchacha todo lo necesario, sentenció:

—Bien, todo en orden. Pero por descontado sigo sin creer una sola palabra de todo eso que me ha contado...

—Yo sí la he creído, se lo aseguro —dijo Scott Bell—. Al menos en parte...

—No es ningún policía —le aclaró el inspector a la muchacha—. No es, pues, ninguno de mis hombres.

—Soy periodista. Me llamo Scott —se presentó, acercándose a la muchacha y tendiéndole la mano. —Mucho gusto —contestó ella.

—Me alegro que se entiendan tan bien —repuso el inspector—. Y ahora, por

favor, ¿quieren salir los dos? Tengo trabajo serio que hacer —recalcó lo de «serio». Loretta había de insistir.

Deseaba que el inspector no dudara de la veracidad de sus palabras. Sin embargo, terminó percatándose de que no iba a conseguir su propósito, así que se rindió a lo inevitable.

—No se preocupe —la consoló Scott Bell—. Yo sí estoy convencido de que ha sido sincera.

—¿De veras? —se animó ella.

—Totalmente. En consecuencia, ahora nos vamos a ir juntos a desayunar, y mientras tanto seguiremos hablando de todo ese asunto. Como le he dicho, yo soy periodista, y precisamente me ha traído aquí el tema de ese esqueleto...

—Ah, ¿pero no es ésta la primera vez que se deja ver...? —parpadeó Loretta —. Claro, por eso el inspector se ha referido a una anciana que...

—La otra vez el esqueleto apareció de un modo mucho menos amable. Se lo referiré todo mientras desayunamos, ¿le parece?

—De acuerdo —la invitación le había caído a las mil maravillas, lo mismo que el que se la había formulado.

—Aquí tengo mi coche. Sube... —Y añadió mientras le abría la portezuela—: Me gusta el tuteo entre la gente joven.

—Sí, claro —sonrió ella.

El recorrido en coche fue breve. No podía ser de otra manera en una localidad como Bannonwell.

Ya en el interior de un snack-bar relativamente moderno, habiendo ocupado una de las mesas más apartadas, la pareja empezó a hablar. Bueno, lo hizo así que el camarero les sirvió lo solicitado.

—Debes saber que ese esqueleto hizo acto de presencia no hace mucho, al menos así lo asegura una anciana que iba por la carretera...

Scott empezó así. Luego le refirió la horrible muerte que había tenido Vanessa. La muchacha debía saberlo todo para que se hiciera cargo de la importancia y de la gravedad del asunto.

Sólo así, sabiendo que el asunto no era para enfocarlo a la ligera, ni mucho menos, actuaría en consecuencia y tomaría las precauciones precisas. El esqueleto se había mostrado amable con ella, pero eso no significaba que de encontrárselo de nuevo su actitud volviera a ser la misma. Quizá le diera por comportarse como, según la anciana de la carretera, lo hizo con la prostituta Vanessa.

—Estaba nerviosa, excitada... —reconoció Loretta al terminar de oír al joven

periodista—. Estaba hecha un manojo de nervios... Pero eso no era nada. Ahora me siento con tanto miedo, tan espantada, que... que...

—Tranquilízate —dijo Scott, y adelantando su mano sobre el mantel de la pequeña mesa apretó cálidamente la mano de ella.

—¿Pero como voy a tranquilizarme después de lo que me has contado? —Y sin transición—: No corrí la misma suerte de Vanessa porque el esqueleto me vio cara de buena chica... De haberle parecido otra cosa, sin duda hubiera optado por... por... —tampoco ahora concluyó la frase.

—Razonemos con coherencia —dijo Scott—. El esqueleto te dijo que consiguió romper la tapa del ataúd, desencajar la losa de su nicho y así recobrar la libertad, ¿no es eso? —Sí —asintió Loretta.

—Pues bien, debes de estar de acuerdo conmigo en que la historia empieza ya de un modo muy poco verosímil. Yo nunca he visto que los esqueletos se muevan de su sitio.

—Yo tampoco —admitió la muchacha—. Hasta ayer noche... Y como de la cabeza estoy bien, me veo obligada a admitir los hechos...

—El esqueleto dijo que odiaba a las prostitutas, ya que por culpa de una de ellas fue el hazmerreír de todos... De eso, al parecer, hace ya algunos años... —Sí —asintió Loretta.

—Pues no cabe duda, lo que te dijo concuerda con las declaraciones de la anciana que iba por la carretera. La cual, por cierto, ya no vive aquí en Bannonwell.

Ante los hechos que sus ojos contemplaron, decidió que lo mejor era irse y

no regresar. Lamento que se fuera, me hubiera gustado entrevistarla. Pero, bueno, me personaré en el bar Moon Flood. Por allí, o por algún otro sitio, aparecerá finalmente la pista que estoy buscando. Estoy convencido de ello.

—¿No te asusta la idea de meterte en un caso como éste? —le preguntó Loretta—, Es un caso que se aparta de lo corriente, y que precisamente por eso puede tener consecuencias imprevisibles.

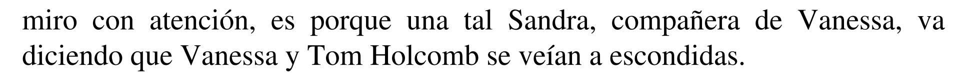
Yo al menos lo veo así.

—Yo también. Pero lo imprevisible me atrae, me seduce. Los buenos reportajes siempre los consigo...

Scott se interrumpió. Se había quedado con la mirada fija - era un joven delgado, rubio, elegantemente vestido, que acababa de entrar en el snack-bar,

—¿Quién es? —preguntó Loretta, comprendiendo que se trataba de alguien muy especial.

—Se llama Tom. Tora Holcomb. Su padre es el dueño del supermercado. Si le


miro con atención, es porque una tal Sandra, compañera de Vanessa, va diciendo que Vanessa y Tom Holcomb se veían a escondidas.

—¿Y eso tiene algo que ver con el esqueleto?

Supongo que sí, puesto que lo dices de este modo.

—Sólo sé una cosa, lo que acabo de decirte, que Sandra va diciendo que Vanessa se veía a escondidas con Tom Holcomb.

El periodista estuvo pendiente del joven delgado, rubio, elegantemente vestido. Quería ver si hacía o decía algo de particular.

No obstante, su comportamiento resultó de lo más normal. Pidió una cerveza, se la bebió, pagó y se marchó.

—Bueno, ahora voy a acompañarte hasta tu casa —dijo Scott a la muchacha en aquel momento.

—Gracias.

Cuando salieron del snack-bar, Tom Holcomb estaba hablando en la acera con una muchacha pelirroja.

—Apostaría cualquier cosa — mascullló el periodista— a que ésta es Sandra.

Poco después el coche de Scott había arrancado y Tom Holcomb y la chica pelirroja habían quedado atrás. Como asimismo quedó atrás la localidad propiamente dicha.

Y ya el coche estaba subiendo el montículo. No había precisamente un buen camino para facilitar el ascenso, pero Scott quería acompañar a Loretta hasta ¡a misma puerta de su chalet.

—Espero que volvamos a vernos —dijo él al despedirse. —Yo también lo espero —contestó ella.

De nuevo en la carretera, Scott Bel! no volvió a Bannonwell como parecía que iba a hacerlo.

Consideró que era preferible que empezara a investigar. ¿Y por qué no empezar por allí?

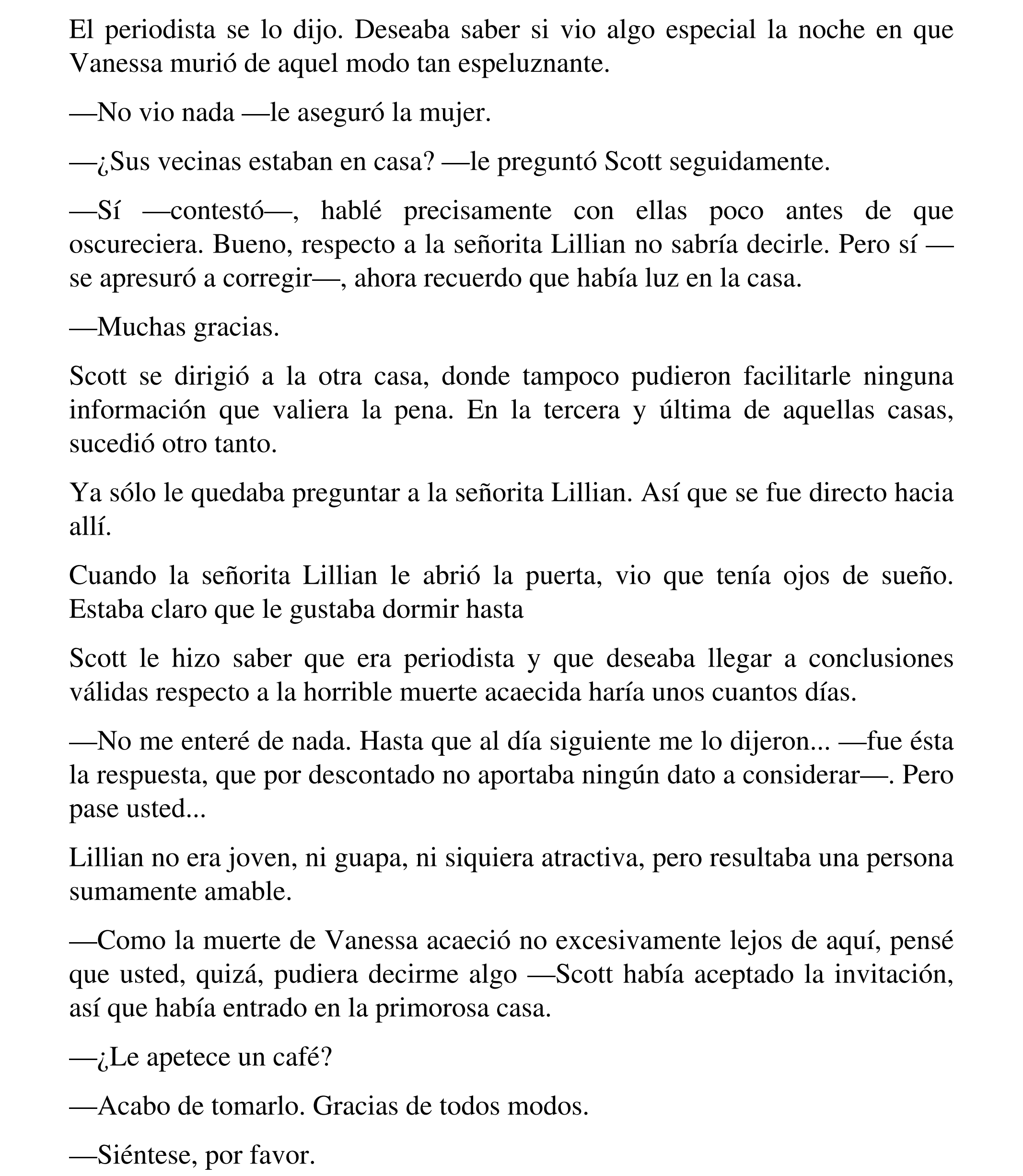
Echó una ojeada a las casas situadas a la izquierda de la carretera.

Eran tres. Modestas e insignificantes. Apenas se reparaba en ellas porque la atención la acaparaba la casa, bonita y elegante, de la señorita Lillian.

Decidió empezar por la primera de aquellas tres casas. Hizo sonar el timbre.

Al poco le abría una mujer mayor, que se mostró extrañada de su presencia. La presencia de forasteros siempre extrañaba en Bannonwell. Y que Scott Bell era forastero, y muy flamante por cierto, saltaba a la vista.

—¿Qué desea?



El periodista se lo dijo. Deseaba saber si vio algo especial la noche en que Vanessa murió de aquel modo tan espeluznante.

—No vio nada —le aseguró la mujer.

—¿Sus vecinas estaban en casa? —le preguntó Scott seguidamente.

—Sí —contestó—, hablé precisamente con ellas poco antes de que oscureciera. Bueno, respecto a la señorita Lillian no sabría decirle. Pero sí —se apresuró a corregir—, ahora recuerdo que había luz en la casa.

—Muchas gracias.

Scott se dirigió a la otra casa, donde tampoco pudieron facilitarle ninguna información que valiera la pena. En la tercera y última de aquellas casas, sucedió otro tanto.

Ya sólo le quedaba preguntar a la señorita Lillian. Así que se fue directo hacia allí.

Cuando la señorita Lillian le abrió la puerta, vio que tenía ojos de sueño. Estaba claro que le gustaba dormir hasta

Scott le hizo saber que era periodista y que deseaba llegar a conclusiones válidas respecto a la horrible muerte acaecida haría unos cuantos días.

—No me enteré de nada. Hasta que al día siguiente me lo dijeron... —fue ésta la respuesta, que por descontado no aportaba ningún dato a considerar—. Pero pase usted...

Lillian no era joven, ni guapa, ni siquiera atractiva, pero resultaba una persona sumamente amable.

—Como la muerte de Vanessa acaeció no excesivamente lejos de aquí, pensé que usted, quizá, pudiera decirme algo —Scott había aceptado la invitación, así que había entrado en la primorosa casa.

—¿Le apetece un café?

—Acabo de tomarlo. Gracias de todos modos.

—Siéntese, por favor.

—Con su permiso.

—Pues no, no puedo decirle nada. De haber oído o visto algo, me habría faltado tiempo para notificárselo al inspector. Es una pena que falleciera la señora que vivía en el chalet —agregó—: Ella seguro que hubiera visto algo.

Ella siempre veía algo...

—¿La señora del chalet? —preguntó no sabiendo exactamente a quien había aludido.

—Me refiero al chalet del montículo. Su propietaria murió hace unos meses.

Ahora ha llegado su sobrina. Aún no he tenido el gusto de saludarla.

—Yo sí —dijo Scott—. Es una muchacha encantadora.

Por cierto, ¿por qué ha dicho usted que esa señora siempre veía algo...?

—Era una buena vecina —repuso la señorita Lillian— y yo no tengo nada malo que decir de ella. Pero a veces decía cosas tan raras, que a mí, francamente, me daban ganas de echarme a reír.

—¿A qué cosas se refiere? —le preguntó—. Si no le sabe mal decírmelo...

—No, en absoluto —y amplió—: Solía decirme que por las noches miraba a través de los cristales de la ventana de su dormitorio y que entonces veía..., veía... —se decidió a decirlo—, un grupo de esqueletos. ¡Imagínese! Esqueletos que, según ella, en medio de la oscuridad y de la niebla danzaban...

—Y usted, claro, nunca la tomó en serio —subrayó Scott—. ¿No es eso?

—¿Cómo iba a tomarla en serio?

—Sí, me hago cargo, Sin embargo, resulta curioso, y tal vez sumamente significativo, que la anciana que iba por la carretera la noche a la que nos referimos...

—Estoy al corriente de lo que esa anciana dijo al inspector de policía —observó la señorita Lillian—, Sin embargo, yo no puedo dar como buenas sus aseveraciones, menos aún sabiendo que dicha anciana, y la señora que antes vivía en el chalet del montículo, eran muy buenas amigas.

—Comprendo. Bueno, dígame ai menos que opina usted personalmente de todo este asunto. Su opinión quizá me sirva de algo.

—Mucho me temo que no. Pero si quiere saber mi parecer, esa muchacha, esa tal Vanessa, debió ser víctima de algún hombre celoso. De un hombre que, quizá, le pedía, le exigía que abandonara su profesión. En fin, no sé... Algo así...

—Tal vez tenga usted razón —Scott se levantó de su asiento—. Ha sido usted muy amable atendiéndome.

—No faltaría más. Quedo a su disposición. Si me necesita para algo más, ya lo sabe.

—A propósito —terció Scott—, ¿conoce usted al señor Holcomb?

—Sí, claro —asintió la señorita Lillian—. Es el dueño del supermercado, un establecimiento donde se encuentra de todo, y de la mejor clase. Su esposa y yo nos tratamos mucho.

—¿Qué opinión le merece?

—¿Él o ella...? —preguntó.

—Me refiero al señor Holcomb.

—Francamente —bajó el volumen de su voz como si temiera que alguien pudiera oírles—, no muy buena. Le gustan demasiado las mujeres, ¿sabe?

Su esposa no es otra cosa que una pobre desgraciada. Tiene que aguantar mucho,

—Y de su hijo, ¿qué me dice?

—¿De Tom? Oh, ha salido a su padre, pero con más altos vuelos. El padre se conforma con cualquier mujer con tal que no le cueste demasiado cara.

El hijo es distinto, sabe elegir, y eso le obliga a aflojar muchos billetes. Pero siempre lleva muy llena la cartera, así que por ese lado no hay problemas.

Antes de ponerse al volante de su coche, Scott Bell había ya decidido ir al encuentro del dueño del supermercado. Todo estaba pidiendo una conversación con él.

Ya allí, en su establecimiento, no tardó en localizarle. En aquel momento, y vestido con un guardapolvo de color crema, estaba apilando latas de conserva.

—¿El señor Holcomb? —preguntó, tras haberse acercado.

—Sí, soy yo ¿Qué desea? —se había puesto nervioso,

—Estoy intentando esclarecer la muerte de la muchacha llamada Vanessa.

—Chiss... chissss... -puso el dedo sobre los labios, mientras miraba a su alrededor—. Mi esposa podría oírnos,

—Y no desea que nos oiga, ¿verdad?

—No, no —tras asegurarse de que su esposa estaba lejos, añadió—: Usted ya debe de haber hablado con el inspector. ¿no es cierto? En tal caso ya debe saber que yo salí del bar Moon Flood con ella... Sin embargo, no nos pusimos de acuerdo respecto al precio y nos separamos. Le aseguro a usted que nos separamos. Mi esposa, ¿sabe?, cree que yo estaba en otra parte. Deseo que siga creyéndolo... Se pone muy pesada cuando desconfía de mí...

—¿Volvió usted a Moon Flood? —quiso saber el joven periodista, para empezar a colocar debidamente las piedras de aquel intrincado rompecabezas.

—Pensaba hacerlo, pero cambié de idea. No, ya no volví! por allí. Pensé que bien mirado tenía una esposa y que no estaría de más que una noche la dejara contenta...

—Me hago cargo. Pero, bueno, usted tendrá su parecer respecto a la muerte de Vanessa, producida de modo tan espeluznante. En realidad venía a eso, a que usted me diera su honrado y honesto parecer.

Holcomb se había puesto a temblar de pies a cabeza. Y eso parecía no encajar

en un hombre como él, corpulento, con el cuello grueso como un toro. Pero sí, estaba temblando de pies a cabeza.

Su respuesta, tras soportar mal la mirada escrutadora de' Scott Bell, fue la siguiente:

—Mi hijo es inocente. No tiene nada que ver con esa muerte. ¡Se lo juro a usted!

* * *

Scott Bell había sentido la tentación de preguntar al dueño del supermercado por qué defendía a su hijo antes de que nadie le acusara.

Pero Scott vio que unos cuantos metros más allá acababa de aparecer una mujer pequeña y delgada, con un moño en la nuca. Una mujer de aspecto serio, honesto.

Scott comprendió que se trataba de la señora Holcomb, así que prefirió alejarse de su marido y dejar la pregunta para otra ocasión, para más adelante.

Se dirigió a la salida.

Sin embargo, antes de alcanzar la puerta, la señora Holcomb le detuvo con estas palabras.

—Sin duda-es usted policía...

—Se equivoca, señora. No soy policía.

—Pero ha venido aquí a meter sus narices.

—¿Lo dice o lo pregunta?

—Lo digo.

—Entonces, si no me ha preguntado nada, no es necesario que la responda.

—Se lo ruego, discúlpeme —se mostraba compungida—. No tengo nada contra usted. Es mi marido quien a veces me saca de quicio.

—Si usted lo dice...

—Mi marido es el culpable de que Tom no sea un hijo ejemplar —dijo la señora Holcomb—. No ha sabido educarle. Nunca le ha negado un capricho y eso es mala cosa. Yo le hubiera educado mejor —puntualizó—, si me hubiera dejado.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Scott, puesto que si la señora Holcomb le había detenido sin duda debía ser por algo.

—Sí —contestó.

—Dígame.

—No desconfíe de Tom. Es un buen muchacho, aunque a veces pueda parecer lo contrario.

—No tengo por qué dudarlo.

—Mataron a esa chica, a la que Tom había mencionado algunas veces... —la voz apenas le había salido—. Nadie me ha dicho nada, pero me siento un tanto inquieta...

—Si está convencida de que su hijo es un buen muchacho, no tiene por qué sentir inquietud de ninguna clase.

—Sí, claro —asintió, aunque por lo visto no muy convencida de que fuera de ese modo. Y de pronto—: ¿De veras no es usted policía?

—No, no lo soy.

—Me alegro. Pero desde luego es usted forastero, aquí nos conocemos unos a los otros, aunque sólo sea de vista. Y si ha venido es por algún motivo concreto, ¿no?

La respuesta fue breve y concisa:

—He venido en busca de un esqueleto.

—¿De un qué...? —preguntó la señora Holcomb, abriendo los ojos y dejándolos redondos como platos.

CAPÍTULO IV

Scott Bell entró en el bar Moon Flood a eso de las once de la noche. Las mujeres que ejercían el más antiguo oficio del mundo, estaban allí, reunidas, hablando. Por lo visto los clientes escaseaban.

Al ver entrar al periodista, joven, musculoso, y virilmente guapo, más de una de ellas pensó que por una noche no le importaría trabajar gratis. Pero sólo fue un pensamiento, ya que estaban allí para ganarse el sustento y eso convenía no olvidarlo.

Como la mayoría de los hombres que entraban allí a esa hora iban con intenciones bien concretas y definidas, las muchachas quedaron a la espera de ver por cuál de ellas se decidía. Todas sonreían al recién llegado, para atraer su atención.

Pero Scott se fue directo hacia la barra y pidió un whisky, que le fue servido con prontitud.

Había de reparar en que Harry Kidd, el dueño del bar, estaba ciego. Ya le habían puesto a! corriente de ello, pero aunque así no hubiera sido, tal circunstancia, por descontado, no habría podido pasarle desapercibida.

Aunque a más de uno le pasaba, todo hay que decirlo. Harry Kidd se desenvolvía con una naturalidad pasmosa, impresionante.

—No es usted de aquí, ¿verdad?

A pesar de carecer de visión, Harry Kidd detectaba en seguida cuando entraba un forastero en su local.

—No, no soy de aquí —contestó Scott.

—Viene a ver qué averigua —volvió a hablar Harry Kidd—. Me refiero a Vanessa, claro... Pobre muchacha... Tuvo una muerte espantosa...

—Sí, vengo a ver si consigo averiguar algo —respondió el periodista—. Quizá pueda usted ayudarme.

—¿Yo...? —pareció un poco asombrado aquel hombre de mediana edad, recio, fuerte, ai que la adversidad parecía no haber podido abatir.

—Usted debía conocer bien a Vanessa... —empezó a decir Scott.

—Sí, sí —asintió Harry Kidd—, Era una muchacha muy simpática. Ella y yo nos llevábamos muy bien. En el buen sentido de la palabra —especificó—, porque yo estoy casado con...

—Conmigo —dijo la gorda Dorothy, mientras terminaba de lavar unos vasos y se secaba las manos en el delantal.

—Y es muy celosa, ¿sabe usted? —repuso Harry Kidd, satisfecho—. Quizá sea debido a la clase de chicas que frecuentan este local. Pero sí.

Vanessa y yo nos llevábamos muy bien.

—¿No le dijo en alguna ocasión si se sentía temerosa de algo o de alguien? —preguntó Scott.

—No, no —negó Harry Kidd, y como sea que un nuevo cliente le pidiera un vaso de vino, se lo sirvió, sin derramar una sola gota, y luego, volviéndose de nuevo hacia el joven periodista, añadió—: Bueno, lo único que le asustaba era que su madre pudiera llegar a enterarse de la clase de trabajo que hacía.

—¿No había en la vida de Vanessa un hombre que se interesara por ella más que ios demás?

—En su vida había muchos hombres. Cada noche uno diferente... Pero uno en especial, no, no lo creo...

—Yo no estaría tan segura de ello —intervino la gruesa Dorothy—. Le vi en varias ocasiones hablando con Tom Holcomb.

—Pero Tom Holcomb nunca vino a buscarla aquí —dijo Harry Kidd—, así que su interés por ella no debía ser excesivo.

—Puede que se vieran en otra parte, ¿no? —de nuevo era Dorothy la que se metía en la conversación—. Algunas noches Vanessa no comparecía por aquí... Quizá es que se iba con

Tom Holcomb... Todo es posible... ¿No lo cree usted, señor?

—Por cierto —inquirió Scott—, ¿han oído hablar alguna vez de un tal Danny Gregg?

—No —dijo el dueño del bar Moon Flood.

—No—respondió a su vez su esposa.

—Si hay algo que averiguar, y desea averiguarlo, hable con Sandra —repuso finalmente Harry Kidd—. Sandra es esa chica pelirroja. Ella y Vanessa se contaban todas sus citas.

—Seguiré su consejo y hablaré con Sandra. Gracias —Scott pagó el whisky y abandonó la barra.

Se dirigió hacia la pelirroja.

-Hola...

Sandra se le colgó del brazo, asegurándole que se sentía feliz teniendo a su lado a un buen mozo como él.

— Estoy harta de adefesios. Un tipo como tú, tan hombre, es lo que me estaba haciendo falta. .

—Ante todo deseo hablar contigo, hacerte unas cuantas preguntas...

—¿Hablar? ¿Hacer preguntas? —se desconsoló—. Oh, yo creía que venías a lo que vienen todos.

—Otro día, preciosa. Hoy necesito una información, que creo que tú vas a poder facilitarme.

—Yo te facilito todo lo que quieras... —le miró con sus ojos muy pintados, de manera insinuante.

—Vamos a esa mesa —dijo Scott—, Está apartada y nadie nos interrumpirá. No te preocupes por el tiempo que pierdas. Te pagaré lo mismo que si te hubieras acostado conmigo.

—Vale —sonrió la pelirroja muchacha, pero se dijo que no le hubiera desagradado nada, lo que se dice nada, acostarse con el joven que tenía delante.

Ya sentados, Scott había de decir a la muchacha que estaba intentando averiguar quién había matado a su compañera Vanessa.

—Pobrecita... —murmuró Sandra. Y añadió—: Sin duda un loco... Sólo un loco podía hacer una cosa asi...

—Me han asegurado —repuso Scott— que tú vas diciendo que Vanessa y Tom Holcomb se veían a escondidas.

—Y es verdad... La misma Vanessa me lo confesaba... Pero, bueno, ¿qué tiene eso que ver con el asesino de Vanessa? Eh, cuidado, que yo no estoy acusando a nadie...

—Ni yo te pido que lo hagas. Sólo te pido que, si sospechas algo, me lo digas.

—Lo cual vendría a ser lo mismo, ¿no te parece?

—El culpable debe ser desenmascarado.

—Eso opino yo. Pero no tengo ni idea de quien haya podido ser, se lo aseguro. Por lo demás —Sandra se echó a reír—, ¿no se comenta que fue un esqueleto quien...?

—Eso no lo puede creer una chica lista como tú —Scott la había interrumpido.

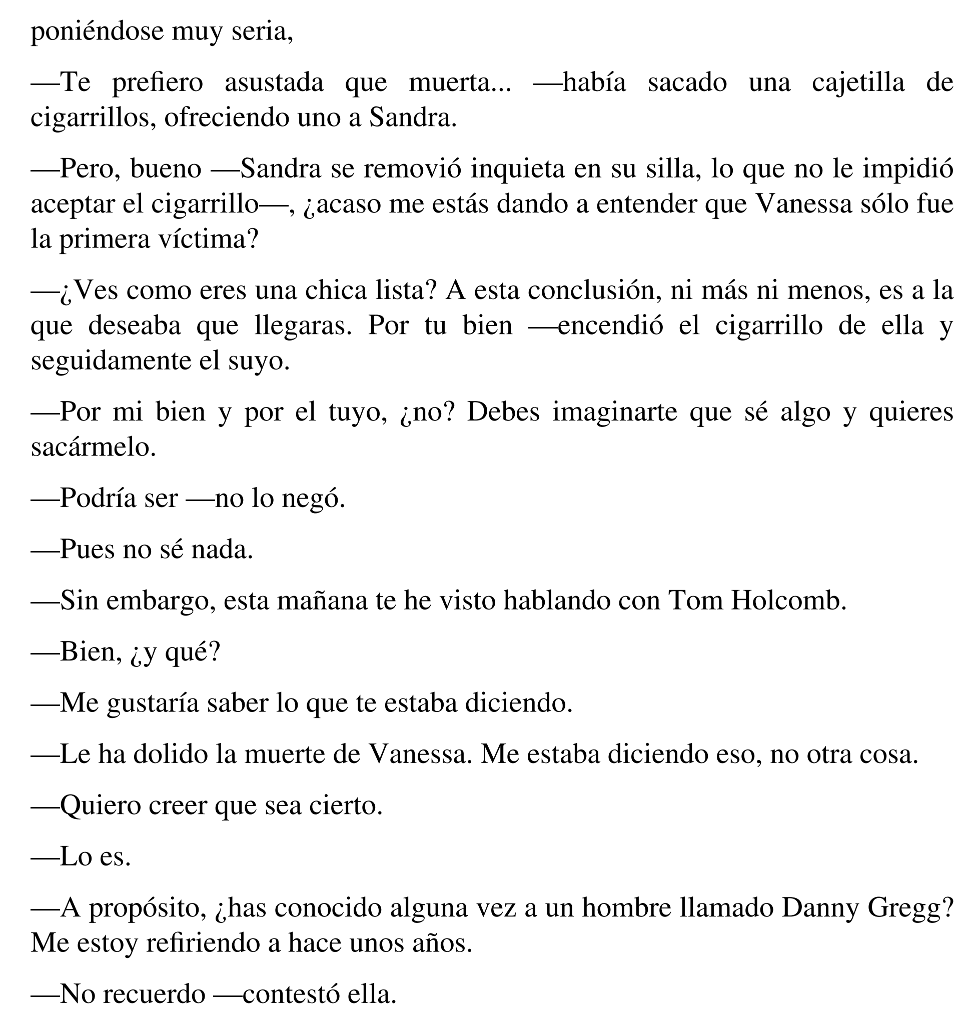
—¿De veras te parezco una chica lista? —se esponjó.

—Sí —dijo Scott—. Por lo que voy a darte un consejo, esperando que no lo desoigas.

—Soy toda oídos.

—Cuando esta noche regreses a tu casa, hazlo acompañada. No vayas sola.

—¿Es que quieres asustarme, guapo? —Sandra había dejado de reírse,



poniéndose muy seria,

—Te prefiero asustada que muerta... —había sacado una cajetilla de cigarrillos, ofreciendo uno a Sandra.

—Pero, bueno —Sandra se removió inquieta en su silla, lo que no le impidió aceptar el cigarrillo—, ¿acaso me estás dando a entender que Vanessa sólo fue la primera víctima?

—¿Ves como eres una chica lista? A esta conclusión, ni más ni menos, es a la que deseaba que llegaras. Por tu bien —encendió el cigarrillo de ella y seguidamente el suyo.

—Por mi bien y por el tuyo, ¿no? Debes imaginarte que sé algo y quieres sacármelo.

—Podría ser —no lo negó.

—Pues no sé nada.

—Sin embargo, esta mañana te he visto hablando con Tom Holcomb.

—Bien, ¿y qué?

—Me gustaría saber lo que te estaba diciendo.

—Le ha dolido la muerte de Vanessa. Me estaba diciendo eso, no otra cosa.

—Quiero creer que sea cierto.

—Lo es.

—A propósito, ¿has conocido alguna vez a un hombre llamado Danny Gregg? Me estoy refiriendo a hace unos años.

—No recuerdo —contestó ella.

—Bueno, pues si de verdad no tienes nada más que contarme, puedes ya levantarte e irte. Aquí tienes lo tuyo —le puso un par de billetes sobre la mesa.

Sandra los cogió, se los metió en el escote, y se fue a reunirse de nuevo con sus compañeras.

Al poco, un hombre de aspecto rudo, con la cara picada de viruela, entraba en el bar Moon Flood y se acercaba a Sandra.

Le dijo algo en voz baja y Sandra asintió, riéndose, al parecer de excelente buen humor.

Unos minutos después salían juntos.

Fue entonces cuando Scott Bell se levantó y abandonó a su vez el local. Antes, no obstante, había aplastado el resto del cigarrillo en el cenicero que había sobre ¡a pequeña mesita.

La pelirroja muchacha estuvo con su cliente el tiempo estipulado. Un poco más en honor a la verdad, pues el hombre de aspecto rudo, con la cara picada de viruela, le dijo que se lo tendría en cuenta a ¡a hora de pagarle.

Cuando ya salían de la casa de la vieja que alquilaba habitaciones, Sandra se acordó del consejo que había recibido.

Así que Sandra sonrió al cliente de aquella noche y le dijo.

—¿Me acompañas a casa?

—Tengo prisa, no puedo —le contestó él.

—No tenías tanta prisa cuando estábamos en la cama... —le recordó ella—. Anda, acompáñame.

—¿Ya no vas a trabajar más esta noche? —se extrañó él—. Aún es pronto, puedes de sobra...

—No, no quiero trabajar más. Por esta noche he acabado. Qué, ¿me acompañas? Por favor...

—Lo lamento, no puedo. Se me ha hecho muy tarde —y el hombre la plantó en medio de la calle.

Sandra se dijo que, bien mirado, aquello no tenía importancia. Había sentido un poco de miedo al recordar e! consejo recibido, pero eso no significaba que el tal miedo estuviera justificado. Claro que no.

Regresaría sola y no pasaría nada. Que la pobre Vanessa tuviera aquel final tan horrible, era una cosa. Que a ella fuera a sucederle lo mismo, era otra.

Claro que, reflexionó, mientras iba dejando atrás las calles, ¿por qué no podía, si se trataba de un loco, estar al acecho de ella como sin duda lo estuvo de Vanessa?

Este pensamiento la intranquilizó, haciendo que acelerara sus pasos. Cuanto antes llegara, mejor, mucho mejor. Donde no se gana se pierde.

Pero ya veía su casa y no había pasado nada.

Empezó a sentirse tranquila. ¡De qué modo más tonto se había asustado!

No obstante, en el momento más inesperado, de súbito, vio que alguien se le ponía por delante.

La calle estaba totalmente desierta, no transitaba ni un alma. Así que se encontró a solas, en medio de la densa oscuridad de la noche y de la espesa niebla, con el esqueleto...

Porque era el esqueleto ese alguien que se le había puesto por delante.

Sandra desorbitó, desencajó les ojos de espanto, de horror, ante el armazón óseo de aquel cuerpo humano. La aparición era, desde luego, como para

morirse del susto.

Pero Sandra pensó que, puesto que del susto no se había muerto, debía reaccionar. Y debía hacerlo con rapidez, antes de que fuera lamentablemente tarde.

No obstante, para cuando pensó esto, el esqueleto había ya alargado el brazo y movido la mano. Donde tenía un bote de plástico, un vaporizador.

El vaporizador funcionó...

Sandra sintió sobre su rostro, pulverizado, un líquido de extraño aroma.

Quizo retroceder, huir, pero no pudo hacerlo.

Los efectos paralizantes se dejaron sentir de un modo fulminante.

El esqueleto sacó una botella. La llevaba metida en un bolso de tela oscura. La destapó con cuidado, pero sin vacilaciones. Y acto seguido vació su contenido sobre el calzado y las piernas de la muchacha, sobre sus cabellos y rostro, y también sobre su vestido.

Sandra se había quedado inmóvil, como hecha de una sola pieza, incapaz de moverse, inhábil para hacer el menor movimiento, sintiendo que las piernas apenas le sostenían.

Lo mismo que le había sucedido a Vanessa.

El resto también iba a ser igual.

Sandra acababa de comprenderlo así, de ello que quisiera gritar, pedir auxilio. Pero no podía hacer nada. Y precisamente por eso, su horror su espanto, eran cada vez mayores. :

En la mano del esqueleto acababa de aparecer algo que lanzaba reflejos dorados. Era un encendedor de oro.

Un encendedor de forma muy original. Como si se tratara de la cabeza de un dragón. La lengua del dragón, al ser accionada hacia abajo, haría surgir el resplandor siniestro...

El encendedor se acercó a Sandra. Y de súbito, el fuego surgió, más bien estalló, prendiendo en las ropas de la pelirroja muchacha, y en su calzado y piernas, y en sus cabellos y rostro, y en realidad en todo su cuerpo.

Sandra lanzó un alarido espantoso, horripilante.

Ahora sí le respondieron las cuerdas vocales.

Estaba ardiendo viva.

El esqueleto retrocedió unos pasos y desde allí miró a aquella antorcha humana. Como un pintor pudiera contemplar a distancia su obra recién realizada.

Pero el esqueleto no tenía ojos. Sólo se veían unas cuencas vacías.

El fuego, vivo, intenso, siguió su macabra tarea. Lanzaba ardientes y crepitantes llamaradas.

Ya se olía a carne quemada, chamuscada.

De nuevo, la mezcla de gasolina, azufre y fósforo estaba resultando del todo efectiva y contundente.

Pero, claro está, Sandra había perdido el conocimiento, dejando de gritar, más bien de aullar, y ahora sólo era un cuerpo que en medio de una solitaria calle ardía por los cuatro costados.

Una copia exacta de lo que le sucedió a Vanessa.

En este caso, también alguien había de decir:

—He visto quien ha sido... He visto quien ha sido... Era un esqueleto... Era un esqueleto...

CAPITULO V

Cuando la criada le explicó a Loretta el nuevo crimen que se había cometido la noche antes, la muchacha se dijo que aquello no había quien lo aguantara y que lo mejor sería que vendiera el chalet.

Por lo demás, ¿no era precisamente eso lo que su tía le pedía que hiciera en aquella breve carta?

Oyó que llamaban al timbre de la puerta y se preguntó quién podía ser.

Lo supo pronto. Era Scott Bell.

—¿Vienes a decirme lo del crimen...? —había salido a su encuentro, muy trastornada.

—Estaba preguntándome qué excusa resultaría válida para poder venir a verte —dijo él—, cuando me he enterado de lo sucedido.

—¿Qué dice el inspector? —quiso saber la muchacha—. ¿Ha averiguado algo?

—Me temo que no.

—Pasa... —le indicó la sala de estar, no todo lo bien arreglada que ella hubiera deseado en aquel momento—. ¿Quieres tomar algo?

—Prefiero que me invites a almorzar.

—Encantada —y Loretta se volvió hacia su criada diciéndole que preparara comida para dos. Luego le sonrió a él—. ¿De veras estabas preguntándote qué excusa resultaría válida para venir a verme...?

—Al despedirme te dije que esperaba que volviéramos a vernos —también Scott sonrió—. Y en casos así lo mejor es ayudar un poquito a !a suerte, ¿no crees?

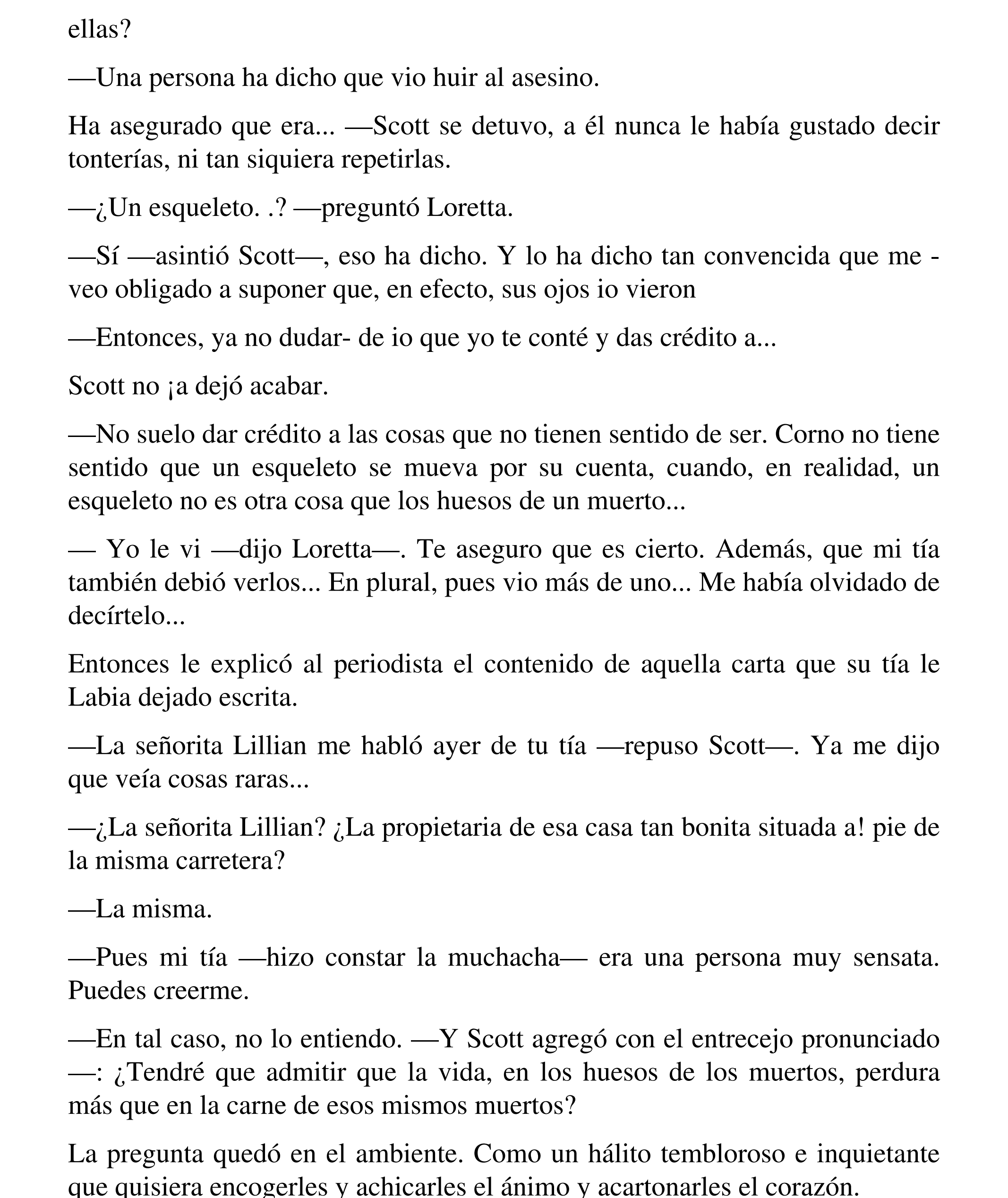
—Supongo que si —asintió la muchacha—. Pero, bueno, cuéntame lo que ha pasado.

—Una muchacha llamada Sandra ha sido la segunda víctima -.....contestó Scott— Da la coincidencia de que también

era una prostituía

—¿Y el asesino? ¿Que se sabe del asesino? —pero bastaba ver la expresión de Loretta para comprender que ella tenía en el pensamiento a aquel espeluznante esqueleto que, pese a todo, con ella se había portado bien.

¿Como no iba a estar pensando en el esqueleto, cuando éste, en persona, le dijo que odiaba las prostitutas y que su mayor placer estribaba en acabar con



ellas?

—Una persona ha dicho que vio huir al asesino.

Ha asegurado que era... —Scott se detuvo, a él nunca le había gustado decir tonterías, ni tan siquiera repetirlas.

—¿Un esqueleto. .? —preguntó Loretta.

—Sí —asintió Scott—, eso ha dicho. Y lo ha dicho tan convencida que me -veo obligado a suponer que, en efecto, sus ojos io vieron

—Entonces, ya no dudar- de io que yo te conté y das crédito a...

Scott no ¡a dejó acabar.

—No suelo dar crédito a las cosas que no tienen sentido de ser. Corno no tiene sentido que un esqueleto se mueva por su cuenta, cuando, en realidad, un esqueleto no es otra cosa que los huesos de un muerto...

— Yo le vi —dijo Loretta—. Te aseguro que es cierto. Además, que mi tía también debió verlos... En plural, pues vio más de uno... Me había olvidado de decírtelo...

Entonces le explicó al periodista el contenido de aquella carta que su tía le Labia dejado escrita.

—La señorita Lillian me habló ayer de tu tía —repuso Scott—. Ya me dijo que veía cosas raras...

—¿La señorita Lillian? ¿La propietaria de esa casa tan bonita situada a! pie de la misma carretera?

—La misma.

—Pues mi tía —hizo constar la muchacha— era una persona muy sensata. Puedes creerme.

—En tal caso, no lo entiendo. —Y Scott agregó con el entrecejo pronunciado —: ¿Tendré que admitir que la vida, en los huesos de los muertos, perdura más que en la carne de esos mismos muertos?

La pregunta quedó en el ambiente. Como un hálito tembloroso e inquietante que quisiera encogerles y achicarles el ánimo y acartonarles el corazón.

La muchacha creyó que Scott se había expresado un tanto irónica y sarcásticamente. Tomándose a chacota todo aquello. Pero vio tan profundo y tan marcado su entrecejo, que finalmente se quedó sin saber ciertamente qué pensar.

Por lo demás. Scott cambió de tema, de conversación. Se trataba de no amargarse el día dándole vueltas a lo mismo.

Seguidamente se acercó a una de las ventanas de la sala de estar y permaneció

allí un rato, viendo la perspectiva que se abarcaba.

Se veía perfectamente Bannonwell. y la carretera, y la casa de la señorita Lillian con su jardín por la parte de atrás. Y más allá, perdiéndose a lo lejos, el bosque.

A eso de media comida, Loretta le dijo que estaba decidida a vender el chalet.

—Es una idea acertada, ¿no te parece? Lo vendo lo mejor que pueda y me largo de aquí.

—Hay un asesino suelto —repuso Scott—, pero antes o después caerá en poder del inspector, sea o no un esqueleto —puntualizó—. Así que, antes de tomar una determinación, debes partir de esa base. Ahora las aguas están muy agitadas, pero se calmarán. Todo volverá a la normalidad.

Siempre sucede así.

—Y mientras tanto, ¿qué? —preguntó Loretta—. ¿Seguirán habiendo más víctimas?

—Si he de decirte lo que pienso, mucho me temo que sí —contestó él—. Y sin duda seguirán siendo prostitutas... Pero puede engrosar la lista alguna que no lo sea, por lo que yo de ti iría con mucho cuidado. Cuantas menos oportunidades ofrezcas a ese esqueleto... —recalcó esta última palabra—, o a esos esqueletos...

—Me gustaría que me tranquilizaras en lugar de asustarme.

—Ayer noche quise asustar a Sandra y por lo visto no lo conseguí del todo, ahora está muerta, quemada, carbonizada. No quisiera que te pasara otro tanto a ti, ¿comprendes?

Cuando Scott Bell se fue del chalet, el día empezaba a declinar. Y la niebla por su lado empezaba a campear a sus anchas.

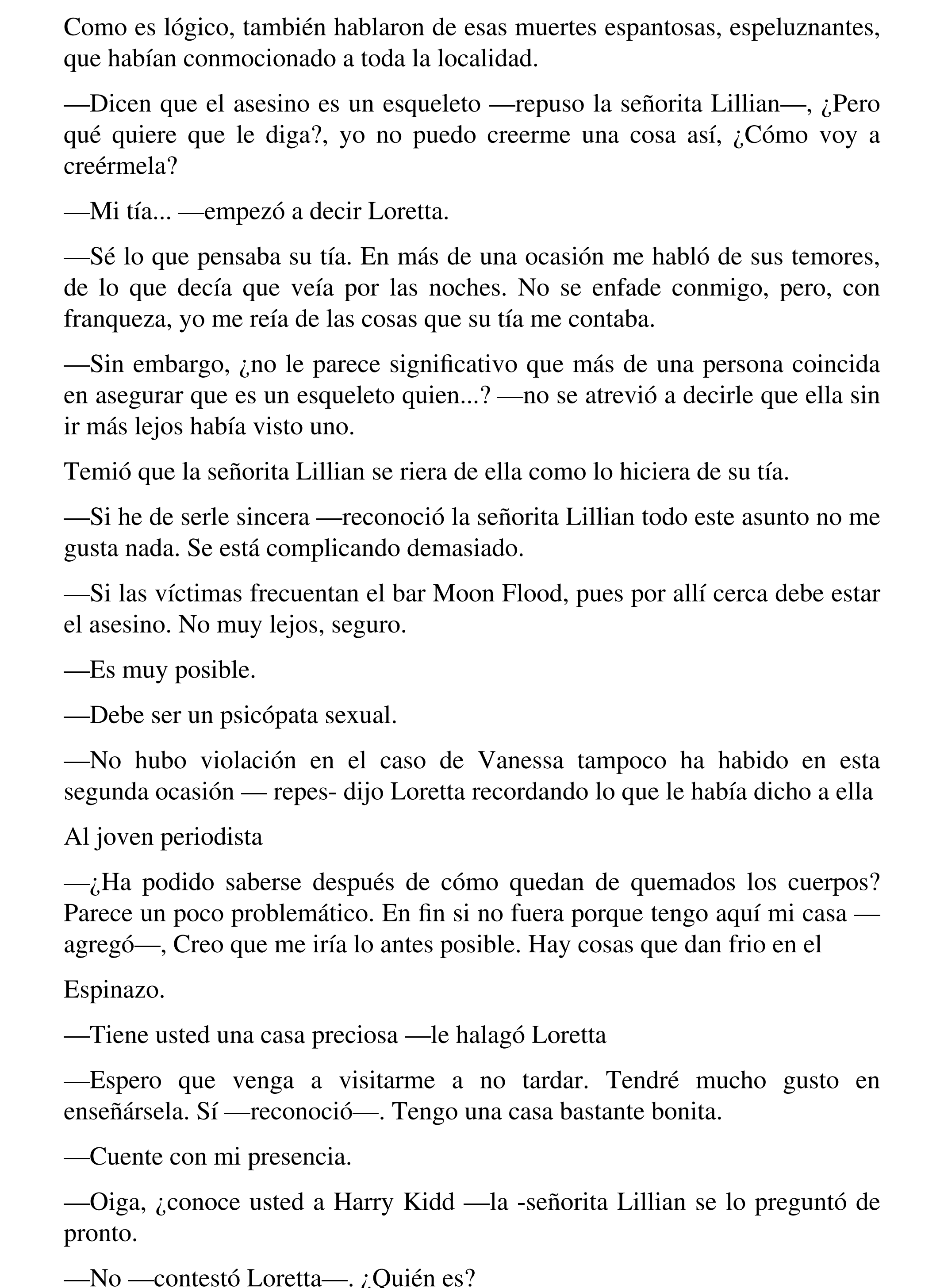
Loretta se dijo a sí misma que no saldría hasta el día siguiente. Ni abriría la puerta aunque llamaran.

* * *

A pesar de sus intenciones, poco rato después abrió la puerta y acogió amablemente a la señorita Lillian que era la persona que acababa de hacer sonar el timbre.

—Me llamo Lillian... Su tía y yo éramos muy buenas amigas...

Lo cierto es que estuvieron juntas tomando un vino dulce y unas pastas, y que hablaron de un sinfín de cosas.



Como es lógico, también hablaron de esas muertes espantosas, espeluznantes, que habían conmocionado a toda la localidad.

—Dicen que el asesino es un esqueleto —repuso la señorita Lillian—, ¿Pero qué quiere que le diga?, yo no puedo creerme una cosa así, ¿Cómo voy a creérmela?

—Mi tía... —empezó a decir Loretta.

—Sé lo que pensaba su tía. En más de una ocasión me habló de sus temores, de lo que decía que veía por las noches. No se enfade conmigo, pero, con franqueza, yo me reía de las cosas que su tía me contaba.

—Sin embargo, ¿no le parece significativo que más de una persona coincida en asegurar que es un esqueleto quien...? —no se atrevió a decirle que ella sin ir más lejos había visto uno.

Temió que la señorita Lillian se riera de ella como lo hiciera de su tía.

—Si he de serle sincera —reconoció la señorita Lillian todo este asunto no me gusta nada. Se está complicando demasiado.

—Si las víctimas frecuentan el bar Moon Flood, pues por allí cerca debe estar el asesino. No muy lejos, seguro.

—Es muy posible.

—Debe ser un psicópata sexual.

—No hubo violación en el caso de Vanessa tampoco ha habido en esta segunda ocasión — repes- dijo Loretta recordando lo que le había dicho a ella

Al joven periodista

—¿Ha podido saberse después de cómo quedan de quemados los cuerpos? Parece un poco problemático. En fin si no fuera porque tengo aquí mi casa —agregó—, Creo que me iría lo antes posible. Hay cosas que dan frio en el

Espinazo.

—Tiene usted una casa preciosa —le halagó Loretta

—Espero que venga a visitarme a no tardar. Tendré mucho gusto en enseñársela. Sí —reconoció—. Tengo una casa bastante bonita.

—Cuente con mi presencia.

—Oiga, ¿conoce usted a Harry Kidd —la -señorita Lillian se lo preguntó de pronto.

—No —contestó Loretta—. ¿Quién es?

—Un hombre que está ciego.

—Ah.

—Un hombre desconcertante.

—¿Qué tiene de desconcertante?

—Que actúa como si viera. Exactamente igual

—No creo que sea tanto...

—Sí, se lo aseguro. Es el dueño del Dar Moon Flood. Y no sólo se desenvuelve perfectamente en su local, sino fuera, en la calle, se mueve y va de aquí para allá con una soltura que deja perplejos a todos. Por cierto, tiene una esposa que se llama Dorothy. Le aconsejo que hable con ella lo menos posible. ¿Sabe una cosa? De joven se dedicó a lo mismo que ahora se dedican las chicas que frecuentan su local Me lo han asegurado de buena tinta.

—No sabía nada —y estuvo a punto de decirle que las chafarderías baratas no eran de su agrado.

—Bueno —terminó diciendo la señorita Lillian—, tengo que irme ya. Se ha hecho muy tarde. No lo olvide, espero su grata visita.

CAPITULO VI

La criada le había pedido permiso para ir a la localidad vecina. Su madre no se encontraba bien, y acababa de telefonearla, haciéndoselo saber. Quizá no pudiera regresar en dos o tres días. Lo lamentaba muchísimo.

—Espero que lo de su madre no sea nada —le dijo Loretta—. En fin, regrese así que le sea posible.

Ya a solas, Loretta cerró bien la puerta dei chalet y asimismo las ventanas de la planta baja. Era preciso tomar precauciones. No quería tener ninguna sorpresa desagradable.

Una vez en el piso, se dispuso a acostarse. Era lo mejor que podía hacer. Al día siguiente pensaría más detenidamente en todo, y menos nerviosa, tomaría la decisión más pertinente.

Sin haber encendido la luz, de un modo maquinal, se dirigió a la ventana y miró al exterior, hacia la carretera.

Pero la noche era muy oscura, y la niebla muy intensa, y no pudo ver la carretera. Tampoco alcanzó a ver la casa de la señorita Lillian, ni aquellas otras tres casas, pequeñas e insignificantes. Ni siquiera vio el árbol. Aquel árbol espléndido y solitario que se hallaba relativamente cerca de allí.

Loretta sólo vio oscuridad y niebla. Niebla y oscuridad que convertían toda aquella zona en algo muy parecido a una negra y tenebrosa caverna.

Bueno, no había por qué tomárselo tan a lo terrible. Por muy tenebroso que resultara todo aquel entorno, con no salir del chalet hasta que fuera de día, pues asunto solucionado.

Pero ¿qué era, Dios de los mismísimos Cielos, lo que estaba viendo...?

Loretta sintió un escalofrío, un repeluzno en todo su cuerpo.

Sus ojos estaban contemplando un grupo de esqueletos. Los contó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Sí, eran cinco: los esqueletos que surgían de entre la oscuridad y la niebla. Cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados, y volvió a abrirlos. No debía haber visto bien.

Pero así había visto perfectamente a través de los cristales de la ventana de su habitación. Ahí abajo estaban, al parecer hablando entre sí.

Lo primero que se le ocurrió fue coger el teléfono y pedir ayuda a Scott Bell. En Bannonwell sólo había un hotel. Le costaría poco, pues, localizarle.

No obstante, a la muchacha dejó de parecerle buena su idea inicial. Si telefoneaba a Scott y le decía lo que había visto, no la creería, en absoluto. Si no aceptaba el hecho de que existiera un esqueleto viviente, ¿cómo iba a creerse que pudiera existir un grupo de ellos?

Pensó que necesitaría una prueba palpable y fehaciente de que estaban allí aquellos espeluznantes armazones óseos. Asi Scott la creería.

Pero ¿cómo conseguir esa prueba?

Lo lógico era suponer que esos esqueletos, cuando se fueran de allí, se dirigirían a alguna parte. Si se movían era que había vida en ellos, en sus huesos. Y en tal caso, en alguna parte debían tener su hogar.

Su hogar sería, posiblemente, el cementerio. Porque, ¿qué otro lugar podía acoger a seres como ellos?

Durante los primeros instantes, Loretta se había sentido muy asustada, realmente espantada. Pero un par de minutos después, se dio cuenta de que su corazón palpitaba ya menos tumultuosamente y llegó a la conclusión de que haciendo un esfuerzo tal vez podría dar con esa prueba palpable y fehaciente que necesitaba para demostrar a Scott que no estaba mal de la cabeza y que era verdad todo aquello que le había contado.

Pero, claro, para conseguir lo que se proponía debería salir del chalet y espiar a aquellos esqueletos, y seguirlos, y averiguar dónde se escondían. Y la sola idea de salir de la casa y quedar a merced de las más imprevistas y quizá nefastas eventualidades, la heló de miedo.

Sin embargo, sólo dejando el miedo a un lado y cargándose de valor lograría su pretensión. Lo sabía de sobra.

Respiró hondo, decidida a hacer lo que había pensado. En realidad, no correría riesgo alguno si actuaba con las debidas precauciones. Por allí abundaban los matorrales, así que, amparándose tras ellos, todo podía resultar sencillo.

No quiso pensárselo dos veces. Si se lo pensaba más de una vez seguro que no se atrevería a hacerlo.

Poco después, abría lenta y sigilosamente la puerta del chalet, esa puerta que con anterioridad había cerrado tan celosamente, y salía al exterior.

Dio unos cuantos pasos y se protegió tras un matorral. Después dio otros cuantos pasos más y se protegió tras otro matorral.

Y así fue acercándose a los esqueletos, al tiempo que creía percibir una música. Una música que, instantes después, llegó ya perfectamente a sus oídos.

Los esqueletos se habían puesto a bailar. Y aquél era un baile desenfrenado al son de tambores primitivos.

El baile se había iniciado lentamente, y poco a poco había ido aumentando la rapidez de su ritmo hasta convertirse en vertiginoso y llevar al paroxismo a los espeluznantes danzarines.

Loretta se había quedado agazapada tras un matorral más crecido que los otros, así que creia estar en un lugar seguro.

Pero todo el valor que había acumulado se le vino abajo cuando oyó aquella voz hueca y cavernosa que ya conocía.

—¡Dejad de danzar! Alguien nos vigila...

La muchacha se sintió sacudida por una serie de temblores convulsos.

Por su parte, los esqueletos se habían quedado inmovilizados de un modo total, absoluto. En posturas ridículas, grotescas, que hubieran inducido a echarse a reír a no ser iodo aquello tan horripilante y aterrador.

Loretta debió echar a correr hacia su casa, y meterse dentro, y cerrar a cien por hora.

Hubiera sido el único modo de reparar la imprudencia cometida. Porque en rangua caso, y bajo ningún concepto, debió salir del chalet. Ahora se daba cuenta de ello.

Pero la muchacha no pudo echar a correr, se sentía helada, petrificada. Petrificada y helada como una auténtica muerta. Volvía a sentirse aterradoramente asustada.

Siguió quieta, inmóvil, tras el matorral, confiando en no ser localizada. Bien mirado era aquélla su única esperanza,

Por lo menos lo fue hasta que miró hacia un lugar determinado y entonces vio, sentado no pudo precisar donde, al esqueleto...

Al que le ayudó a salir del agujero, o del pozo, o de lo que aquello fuera. Sí, estaba convencida que se trataba del mismo.

Pero ¿cómo saberlo con exactitud? Los esqueletos se parecen demasiado entre sí para poder afirmarlo tan rotundamente. Pero estaba segura que se trataba del mismo. Era una corazonada de esas que no fallan.

En aquel momento, la descarnada mandíbula del esqueleto se apoyó en ios huesos de una de sus manos. El codo de dicho brazo se había apoyado a su vez en ia rodilla correspondiente.

Acto seguido se oyó la voz hueca, cavernosa.

—¿Por qué estás espiándonos? No has debido hacerlo. Me porté bien contigo el otro día.

—Sí, te portaste muy bien con... conmigo —tartamudeó la muchacha—. Te quedé muy agradecida.

—No te creo... No te creo... —la voz hueca y cavernosa volvió a dejarse oír —. Fuiste con el cuento a !a policía... Pero, es igual, no me importa... Menos que nunca ahora. que vas a seguirme...

—¿Que voy a se... seguirte? —de nuevo estaba tartamudeando, a punto de quedar paralizada por el estupor y el espanto—. ¿Seguirte adonde...?

—A ese lugar que es corno mi propia casa. Claro —el esqueleto acababa de ponerse en pie, mientras los otros esqueletos permanecían quietos, a la expectativa, como si estuvieran esperando alguna orden en concreto—, claro... debes estar preguntándote qué lugar puede ser ése. No es normal que un ser como yo tenga hogar... Pero si, lo tengo. Y ese hogar es, supongo que ya lo has adivinado, el cementerio...

—Ah —y los miembros de la muchacha se habían quedado sin movimiento y sin movimiento parecían asimismo sus ideas, sus pensamientos, su raciocinio.

No, ya no razonaba. Ya no podía razonar Era todo aquello demasiado alucinante.

—Podrías negarte a acompañarme —dijo la voz hueca y cavernosa, mientras la mandíbula descarnada se movía—, pero no te aconsejo que lo hagas.

A una orden mía, mis compañeros te cogerían, te inmovilizarían y yo te echaría encima una mezcla de gasolina, azufre y fósforo... Luego te prendería fuego... Sería un final aterrador... Es mejor que me obedezcas, que me sigas...

—Sí, sí —asintió Loretta, pero de forma inconsciente abrió la boca para gritar.

No salió sonido ninguno. Sin embargo, lo quisiera o no, el grito siguió pugnando por salir de su garganta.

—Y una vez en el cementerio —dijo el esqueleto—, si quieres, podemos, podemos...

—¿Podemos qué? —preguntó Loretta.

—Meternos en un nicho y hacer el amor —fue la insólita y espeluznante propuesta.

—¿Hacer qué...? —inquirió ella, más desencajada que una muerta cuyo cuerpo empezara ya a descomponerse—, ¿Hacer quéeee...?

—¿No te gustaría quedar embarazada y saber que el padre de la criatura era yo? —y la voz hueca, cavernosa, sonó de un modo espantoso, alucinante.

—No, no... —contestó ella en medio de los estremecimientos que en todas direcciones atravesaban su cuerpo—. No estoy casada contigo.

Si hiciera eso, sería como una prostituta... Y yo sé que tú odias a las prostitutas... Por culpa de una de ellas fuiste el hazmerreír de todos. Porque tú eres Danny Gregg, ¿verdad?

El esqueleto dijo a continuación:

—Sígueme... Sígueme... Hazlo o mis compañeros caerán sobre ti, te

inmovilizarán y yo acabaré contigo como hice con Vanessa y con Sandra.

La muchacha miró hacia ios otros esqueletos. Seguían quietos, esperando recibir o no recibir alguna orden de su jefe. Porque Danny Gregg era por lo visto el jefe de ellos.

—Si te empeñas —dijo Loretta— te seguiré... Pero ¿qué pretendes con eso? Ya te he dicho que no quiero comportarme como una prostituta.

—Te enseñaré el nicho en el cual permanezco metido durante el día. Te enseñaré las tumbas más bonitas del cementerio. Yo conozco muy bien todo aquello. Después te dejaré regresar...Sígueme... Sígueme...

La noche era oscura y la niebla espesa, y la muchacha no veía nada. Sólo veía aquellos pavorosos e infernales esqueletos.

—Ya te sigo... Ya te sigo... —contestó, no queriendo acabar como Vanessa y Sandra.

Pensar en lo sucedido a aquellas dos pobres muchachas, resultaba demasiado aterrador como para no ceder al mandato del esqueleto.

Le fue siguiendo, alejándose del chalet y del montículo, queriendo creer que, de ese modo, todo podría tal vez acabar bien.

Pero ya en el interior del cementerio, su terror creció, y creció su espanto, y comprendió que no sería capaz de soportar aquello por mucho tiempo.

—¿Ves...? —le dijo el esqueleto—. Este es mi nicho, éste es mi hogar durante las horas del día... Coloco la fosa y todos creen que estoy muerto... Y no lo estoy, date cuenta... Mis huesos están llenos de vida. .

—Sí, sí —asintió Loretta, trastornada hasta sentirse mareada, hasta notar que la cabeza se le iba.

—Mira este otro nicho. Aquí está enterrada Vanessa. Bueno, lo único que se encontró de ella... Con una mezcla de gasolina, azufre y fosforo poco queda del cuerpo...

Fue entonces cuando Loretta soltó un chillido. Sin poder evitarlo.

Y todavía temblaba el chillido en su garganta, cuando la voz hueca y cavernosa !e dijo:

— Ya veo que te asusto. Aunque me porto bien contigo siempre te asusto .. Vete, vete de una vez... —Había de añadir—: Pero recuerda esto, si vuelvo a verte te mataré...

Loretta salió disparada de allí. Y corrió como una loca entre nichos, tumbas, lápidas, inscripciones y cipreses, en busca de la salida del cementerio.

Fuera de! sagrado recinto, siguió corriendo hacia el montículo, al cual llegó sin haberse detenido ni siquiera una sola vez. Ya allí, paró unos brevísimos

instantes y luego siguió adelante, subiendo.

Ya finalmente dentro del chalet, cerró la puerta y se fue directo hacia el teléfono.

Pronto consiguió ponerse en comunicación con Scott Bell.

--¡Scott --exclamó la muchacha al mismo borde de la histeria—. ¡Ven en seguida? ¡Ven en seguida!

—¿Qué sucede, Loretta? —se inquietó él.

—Estoy a salvo, no me ha pasado nada —quiso tranquilizarle--. Pero ha sido pavoroso, horripilante. Ven, por favor.

—Dentro de unos minutos estaré allí.

—Gracias, Scott.

* * *

Scott Bell detuvo el coche al pie del montículo.

Era de noche y no hubiera resultado prudente adentrarse en el mal camino que conducía hasta arriba. En unas pocas zancadas llegaría hasta allí sin necesidad de recurrir a su vehículo.

Abrió la portezuela y se apeó.

Pero apenas había dado una docena de largas zancadas, cuando vio que alguien se anteponía a su paso. Era un hombre con un tórax anchísimo, con unos hombros descomunales y con unos brazos llenos de impresionantes bíceps.

Tenía pinta de boxeador. Y quería permanecer en el anonimato, esto es indudable, pues se había tapado la cara con una media. Aunque dada su excepcional complexión física, realmente fuera de lo corriente, tal pretensión no dejaba de resultar harto optimista. A un sujeto así se le reconocía a la primera.

—No va a seguir adelante —le dirigió la palabra en estos términos.

—¿Qué ha dicho usted...? —preguntó Scott.

—Vuélvase por donde ha venido —repuso—. No me obligue a darle una paliza de esas que no se olvidan.

—¿A qué viene esto? —inquirió Scott—. ¿Acaso nos conocemos?

—No.

—¿Entonces...?

—No va a seguir adelante, ya se lo he dicho. ¿Quiere más I explicaciones?

—Me gustaría que me las diera. —Y deseando saberlo—: Oiga, ¿por qué no quiere que pase por aquí? No hago nada malo queriendo ir a ese chalet.

—Retroceda, amigo.

—No voy a hacerle el menor caso —le aseguró Scott—. ¿Sabe por qué? Me revientan los matones.

—Tendré que expresarme de forma más directa... —y el hombre avanzó hacia el joven periodista con la manifiesta intención de quitárselo de encima en un santiamén.

Pero Scott esquivó ágilmente el puñetazo dirigido a su mandíbula, y no sólo eso, a su vez correspondió con un directo contundente al hígado de su adversario, quien se dobló hasta casi tocar el suelo.

El hombre quedó asombrado de que tal cosa hubiera sucedido. Nunca podía haberse imaginado que aquel joven pudiera tener tanta fuerza en sus puños.

—Se va a arrepentir de esto... —mascullló con rabia.

Volvió al ataque, y en esta ocasión si alcanzó a Scott, por lo que el joven se fue violentamente hacia atrás, tambaleándose, aunque no llegó a caer.

A partir de este momento, el hombre con pinta de boxeador y Scott Bell se liaron en una pelea donde no hubo concesiones por parte de ninguno de ambos y donde los dos habían de acabar recibiendo tantos puñetazos, patadas, y de todo, que no pudo suceder otra cosa que la que sucedió. Los dos acabaron hechos puré.

El hombre de tórax anchísimo, hombros descomunales y brazos llenos de bíceps, no había podido poner fuera de combate a Scott Bell.

Aunque el joven, a juzgar por su lamentable estado, tampoco se hallaba en condiciones de ganarle a él. La lucha había resultado demasiado reñida, excesivamente igualada.

En conclusión, el hombre optó por dejar aquello. Lo mejor que podía hacer era largarse de allí lo más rápidamente posible.

Dicho y hecho. Dio media vuelta y huyó entre la oscuridad y la niebla.

Scott Bell lanzó un suspiro de alivio. Ya nadie le interceptaba el ascenso al montículo.

Al poco llamaba al timbre del chalet.

Cuando Loretta echó un vistazo a través de la mirilla y le vio de aquella guisa, despeinado, con hematomas, con el traje roto, hecho una auténtica desgracia, se llevó un mal rato.

—¿Qué te ha pasado? —y le ayudó a entrar, lo que no le vino mal, había llegado hasta allí poco menos que dando tumbos.

—Vengo para que me cuentes lo que te ha sucedido a ti —contestó Scott—. Luego te contaré lo mío.

* * *

—Los esqueletos se han puesto a bailar desenfrenadamente al son de una música que no sabes de donde llegaba y en la que retumbaban tambores. La danza ha seguido hasta que la voz hueca y cavernosa de Danny Gregg les ha dicho de parar. Es esto lo que me has contado, ¿verdad?

—Sí —asintió la muchacha.

—Pero ¿dónde, en qué lugar exactamente danzaban los esqueletos? —quiso saber Scott.

—No sabría decirte... —vaciló.

—¿Dónde se levanta el árbol, más o menos...? —preguntó. .

—Algo así.

—Después, el esqueleto de Danny Gregg te ha dirigido la palabra y te ha exigido que le acompañaras al cementerio, ¿no es eso?

—Sí, eso.

—Incluso te ha propuesto que os acostarais juntos... Más aún, te ha sugerido la idea de que quedaras embarazada, ¿no es eso? —volvió a inquirir.

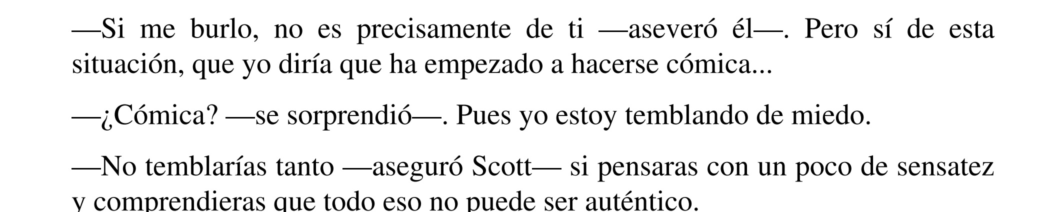
—Sí, sí —asintió de nuevo la muchacha.

—Pero ¿se puede saber qué clase de absurdos desatinos y de irrazonados disparates me estás contando? —explotó Scott—. Porque me estás hablando de un esqueleto, no de un hombre... Además, eso de que los demás esqueletos danzaran...

—Todo eso ha sucedido —dijo Loretta—, te lo aseguro. Y estoy tan aterrorizada, que a no ser porque tú te hallas ahora a mi lado, me sentiría morir...

—Eres demasiado joven para morir —repuso Scott, y acercándose a ella la estrechó contra su pecho, pues se hizo cargo de lo muy angustiada que se sentía—. Y demasiado guapa —agregó— para quedar embarazada por un esqueleto... Tú te mereces como mínimo un tipo como yo...

—Te estás burlando de mí, ¿verdad? —ella había levantado la mirada hacia el periodista.



—Si me burlo, no es precisamente de ti —aseveró él—. Pero sí de esta situación, que yo diría que ha empezado a hacerse cómica...

—¿Cómica? —se sorprendió—. Pues yo estoy temblando de miedo.

—No temblarías tanto —aseguró Scott— si pensaras con un poco de sensatez y comprendieras que todo eso no puede ser auténtico.

—¿Cómo voy a dudar de su autenticidad —preguntó Loretta— si Vanessa y Sandra tuvieron una muerte tan horrible? La misma muerte con la que el esqueleto me amenazó si no le seguía al cementerio. Por otra parte, si vuelve a encontrarme, me lo ha dicho bien claro...

—Sí, esa amenaza no es ciertamente muy tranquilizadora —convino Scott—. Además, he de admitirlo, todo esto sigue muy complicado, sin explicación. Pero llegaremos al fondo de la cuestión, no lo dudes... A propósito, me interesaría que me hicieras un favor.

—El que quieras.

—Mañana vete a visitar a la señorita Lillian y pídele que nos consiga invitaciones para la fiesta que va a ofrecer el señor Holcomb, el dueño del supermercado. Va a estrenar una nueva casa, por lo visto el negocio le va bien, y medio Bannonwell va a estar allí. Me gustaría que tú y yo también pudiéramos estar, ¿comprendes? Y como la señorita Lillian y la señora Holcomb son amigas...

—¿Crees que con eso arreglaremos algo? Yo no termino de verlo así.

—Haz lo que te he pedido. El resto corre de mi cuenta.

—De acuerdo.

CAPITULO VII

A la mañana siguiente, Scott Bell no tenía demasiado buen aspecto. Pero volvió a darse una buena ducha, se afeitó, se peinó, se puso otro traje y quedó aceptable.

Apenas hubo desayunado, preguntó al conserje del hotel si conocía a un hombre de las características físicas del hombre que le había atacado al pie del montículo.

—Supongo que se está refiriendo a Jenkins —le contestó—. Es un pobre infeliz. No tiene ni un gramo de cerebro. Siempre ha sido así...

Scott pensó que quizá el conserje se estuviera refiriendo a otro persona. Así que, a la primera oportunidad, le preguntó a una de las camareras. Valía más dos respuestas que una.

—Le conozco, sí, señor. Aquí en Bannonwell nos conocemos todos. Se llama Jenkins.

Como la camarera le dijo donde vivía el tal Jenkins, Scott Bell lo tuvo sencillo.

Pocos minutos después estaba ante la puerta de su casa. Era una planta baja.

Hizo sonar el timbre y la puerta se abrió tras haberse oído varias voces en su interior.

La persona que le abrió era una mujer aún relativamente joven, mal peinada y con gesto de mal humor.

—¿Qué desea?

—¿El señor Jenkins? —preguntó.

—¿Qué quiere de mi marido? —preguntó con desconfianza.

—Hablar con él. —¿De qué...?

—Se lo diré a él cuando me reciba. —¿Quién pregunta por mí...? —y Jenkins en persona había comparecido.

Al ver a Scott Bell y reconocerle, dio un instintivo paso hacia atrás. Pero sólo uno, pues se vio detenido en su retirada por las palabras del recién llegado.

—Ya veo que tiene un ojo cerrado y la boca un tanto torcida... No creía haberle pegado tan fuerte. Le ruego que me disculpe. Desde luego fue usted quien se lo buscó... —Ah, con que fue usted quien le atizó a mi marido, ¿eh? —se le encaró la mujer con gesto malhumorado—. Ya sabía yo que era mentira eso de que se había caído por un terraplén. Pero ¿qué sucedió exactamente? ¿Y por qué sucedió...? —Eso ha de decirlo su marido —

contestó Scott—. A eso he venido, a que me lo diga.

—Usted se confunde... —empezó Jenkins a decir torpemente.

—No puede confundirse fácilmente a un hombre de su físico —aseguró Scott —, Debiera haberlo comprendido y no tomarse la molestia de taparse la cara con una media. Ha demostrado, y no se moleste conmigo, tener poca mollera. —Todos me dicen que soy medio tonto —afirmó Jenkins con gesto apesadumbrado—, y de eso se trataba, de demostrar que soy listo. Y como sea que me ofrecieron cuatrocientas libras si...

—¿Si qué? —preguntó. —Si impedía que usted subiera el montículo. —¿Quién le ofreció ese dinero? —preguntó nuevamente Scott—, ¿Quién le ofreció esas cuatrocientas libras? —Eso, ¿quién? —inquirió su esposa. — Y ese alguien, ¿cómo sabía que yo iba a ir al chalet? Ni siquiera, hasta el último momento, lo supe yo —habló Scott. —No sé quién me ofreció ese dinero —se aturrulló Jenkins—, No sé tampoco cómo sabía que usted iba a ir... —Si no me lo explica mejor me quedo sin saber nada —le aseguró Scott — .

Así que le agradeceré que me lo cuente todo con detalles.

La actitud de Scott Bell se hizo medio amenazadora y I Jenkins pensó que valía más que dijera todo lo que sabía. —Echaron un sobre por debajo de la puerta y yo lo recogí... —empezó a decir Jenkins.

—¿Cuándo fue eso? —Scott quiso puntualizar. —Ayer, a eso de las once de la mañana. Como le decía, recogí el sobre, lo abrí y vi que ahí dentro habían doscientas libras. ¡Doscientas libras, imagínese usted! También había un papel escrito en el que ponía...

—¿Qué ponía?

—Que recibiría otras doscientas libras si a eso de medianoche acudía al montículo y conseguía que se volviese atrás un joven que iba a pretender llegar hasta el chalet. Simple-| mente eso, no otra cosa. Así que yo me dije que era un buen negocio, una manera fácil de conseguir ese dinero. No obstante, decidí cubrirme el rostro para no buscarme complicaciones.

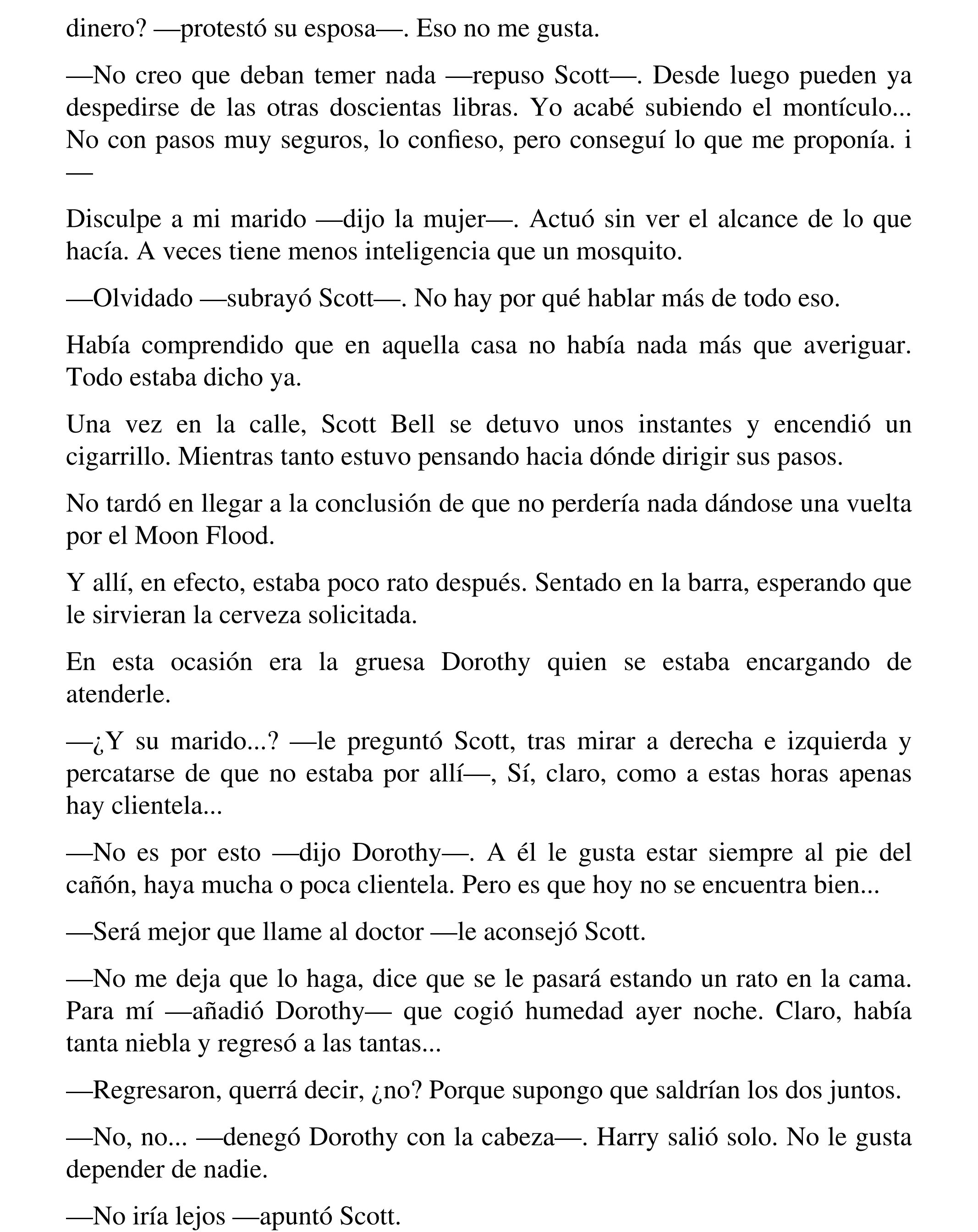
—¿Dónde tiene ese papel? —inquirió Scott—. Me refiero a la carta que recibió.

—La quemé —dijo Jenkins— Había una posdata y ponía que la quemara. Pensé que debía hacerlo.

—Pues podía haber dejado de hacerlo... —rezongó Scott—. En fin, tampoco creo que hubiéramos aclarado mucho. Debía estar escrita con letras de imprenta.

—Efectivamente —asintió Jenkins.

—Pero ¿nos vamos a quedar sin saber quién es la persona que te envió ese



dinero? —protestó su esposa—. Eso no me gusta.

—No creo que deban temer nada —repuso Scott—. Desde luego pueden ya despedirse de las otras doscientas libras. Yo acabé subiendo el montículo... No con pasos muy seguros, lo confieso, pero conseguí lo que me proponía. i
—

Disculpe a mi marido —dijo la mujer—. Actuó sin ver el alcance de lo que hacía. A veces tiene menos inteligencia que un mosquito.

—Olvidado —subrayó Scott—. No hay por qué hablar más de todo eso.

Había comprendido que en aquella casa no había nada más que averiguar. Todo estaba dicho ya.

Una vez en la calle, Scott Bell se detuvo unos instantes y encendió un cigarrillo. Mientras tanto estuvo pensando hacia dónde dirigir sus pasos.

No tardó en llegar a la conclusión de que no perdería nada dándose una vuelta por el Moon Flood.

Y allí, en efecto, estaba poco rato después. Sentado en la barra, esperando que le sirvieran la cerveza solicitada.

En esta ocasión era la gruesa Dorothy quien se estaba encargando de atenderle.

—¿Y su marido...? —le preguntó Scott, tras mirar a derecha e izquierda y percatarse de que no estaba por allí—, Sí, claro, como a estas horas apenas hay clientela...

—No es por esto —dijo Dorothy—. A él le gusta estar siempre al pie del cañón, haya mucha o poca clientela. Pero es que hoy no se encuentra bien...

—Será mejor que llame al doctor —le aconsejó Scott.

—No me deja que lo haga, dice que se le pasará estando un rato en la cama. Para mí —añadió Dorothy— que cogió humedad ayer noche. Claro, había tanta niebla y regresó a las tantas...

—Regresaron, querrá decir, ¿no? Porque supongo que saldrían los dos juntos.

—No, no... —denegó Dorothy con la cabeza—. Harry salió solo. No le gusta depender de nadie.

—No iría lejos —apuntó Scott.

—No sé exactamente dónde estuvo. La verdad es que procuro no hacerle demasiadas preguntas, siempre está diciendo que soy una redomada celosa. Que lo sea, a veces parece gustarle, pero otras veces se encoleriza tanto que casi me atemoriza.

—Comprendo.

Scott se bebió parte de la cerveza y luego miró a los clientes, que en. aquel momento sólo eran tres o cuatro. Tres exactamente, porque el cuarto acababa de abandonar su consumición y de marcharse.

No había por allí ninguna de aquellas muchachas. Bueno, no era de extrañar. Ya se sabe que ese oficio se desempeña a horas más bien avanzadas

Aunque, claro, también se sabe que todas las horas son buenas para ciertas cosas.

Scott se separó de la barra y se acercó a aquellos tres clientes que sentados alrededor de una mesa hablaban entre sí.

—¿Conocían ustedes a Vanessa,..? ¿Y a Sandra...? —les preguntó—: Perdonen que les interrumpa...

—No se preocupe —respondió el más joven de los tres—. Sí, conocíamos a Vanessa, y también a Sandra.

—¿Le interesa saberlo...? —preguntó el otro, el que era más mayor—. ¿Por qué le interesa...?

—¿Acaso le envía el inspector? —quiso saber el que no era el más joven, ni tampoco era el más mayor.

—No me envía el inspector. No soy policía. Pero les agradecería que me dijeran qué opinan de esas muertes. —Scott sonrió para inspirar confianza.

—Yo de ellas —opinó el más joven—, y me refiero a las muchachas, me buscaría un trabajo decente. Para mí que el asesino odia a las prostitutas. Ya van dos.

—Ha podido tratarse de una mera coincidencia, ¿no? — inquirió el más mayor.

—No me parece probable.

—Yo creo —habló de nuevo el más mayor de los tres —que el asesino no debe andar muy lejos. Debe frecuentar este bar con asiduidad, lo aseguraría. Posiblemente le tenemos visto todos nosotros, pero, claro, sin saber que se trata de él

—¿Ha oído lo que se comenta? —el más joven se había dirigido a Scott—. Un esqueleto está metido en este asunto.

—Eso he oído decir —contestó el periodista—. Pero yo no creo en fantasmas.

—Un esqueleto no es un fantasma —puntualizó el que hasta entonces había permanecido más callado.

—Es algo parecido, ¿no creen? —Y Scott, sin esperar respuesta, añadió—: Ya veo que no pueden ayudarme demasiado. Gracias de todos modos.

Y Scott Bell, seguidamente, salió del Moon Flood.

Se temía que las víctimas fueran aumentando en su número, que el asesino, esqueleto o no. siguiera actuando.

Pero no sabía, no podía saber que la noche siguiente, sin esperar a más, iba a ser la elegida para que una nueva muchacha perdiera la vida de un modo alucinante, pavoroso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el cliente tras haber dado un pellizco al trasero de la chica.

—Lisa —dijo ella sonriendo.

—¿Quieres venir conmigo?

—Para eso estamos.

Salieron juntos. Y se fueron medio abrazados hacia la casa de la vieja que alquilaba habitaciones.

A la salida, el cliente se marchó en una dirección y Lisa se dirigió de nuevo hacia el Moon Flood. Confiaba en encontrar más trabajo.

En eso, apenas había cruzado la primera bocacalle, vio que alguien se acercaba por aquella misma acera.

Lisa no se asustó, a pesar de saber lo que le había sucedido a sus dos compañeras. Aquella noche no había niebla y 1 por lo demás brillaban las estrellas en el cielo. Algo no muy frecuente en la localidad de Bannonwell. Y todo hacía suponer que, en una noche así. el asesino no actuaría. i

Lisa reconoció a la persona que se acercaba. Quien, al seguir avanzando y pasar por su lado, se detuvo.

—Buenas noches, Lisa.

—Buenas noches —respondió la muchacha.

—Deberías dejar la vida que llevas, que a ningún buen fin va a conducirte. ¿Por qué no te pones a trabajar decentemente?

—Me gustaría cambiar de vida —se sinceró Lisa—. Pero

¿quién iba a dar trabajo a una chica de mi reputación? Aquí me conoce todo el mundo.

—¿De veras te gustaría cambiar de vida? —la pregunta pareció hecha sinceramente, con todo el corazón—. Pues yo te puedo ayudar...

—Lo dice de veras? —se animó.

—Claro que sí. —Y añadió—: Mira, ven ahora conmigo y te presentaré a alguien que gustosamente te tenderá una mano. Mañana mismo podrás ponerte a trabajar de un modo decente y honrado.

La convenció sin necesidad de más. Lisa estaba harta de la vida que llevaba.

Así pues, avanzaron por las calles solitarias, una tras otra, hasta que la localidad de Bannonwell quedó atrás.

—¿Adonde me lleva? —preguntó Lisa—. Estamos ya en las afueras.

—En seguida llegamos —fue la respuesta—. Ya está muy cerca el pajar.

—¿Qué pajar?

—Ese... —se lo indicó. Era un pajar como cualquier otro—. Pertenece a un buen amigo mío. Seguro que le encontraremos allí.

—¿A estas horas? —se extrañó Lisa.

—Sí, todavía estará...

Al acercarse al pajar repararon en que había encendida una luz. Una vez hubieron abierto la puerta de madera, entrando, vieron que una tenue bombilla pendía del techo.

Había allí infinidad de fardos de paja, amontonados unos sobre los otros, formando altos pilones.

No había nadie.

—No veo a mi amigo... Pero no debe estar lejos, pues hemos encontrado encendida la luz.

—Sí, claro —asintió Lisa.

—Voy a buscarle. Debe estar fuera. Le gusta contemplar las estrellas. Y aquí, en Bannonwell, las estrellas brillan tan pocas veces...

Salió del pajar y Lisa se quedó dentro, sintiendo, al oír que la puerta se cerraba, como si le atenazara un peligro. Un grave peligro del que, quizá, no iba a poder escaparse

Pero ¿por qué había de pensar eso? Por el contrario debía sentirse tranquila y feliz.

Sobre todo feliz, porque iba a poder cambiar el rumbo de su vida.

Sin embargo, fueron pasando los minutos, nadie llegaba y empezó a ponerse muy nerviosa.

Se acercó a la puerta de madera, pensando en salir óe allí a su vez. Pero se encontró con que la puerta estaba herméticamente cerrada.

—¡Abran! ¡Abran! —se puso a dar puñetazos a la puerta tan asustada que el miedo ya no le cabía dentro.

De pronto, en medio de un violento y culebreante estremecimiento, se dio cuenta de que el pajar había empezado a arder. Por sus cuatro flancos.

—¡Oh, no..., no! —gimió.

Y ya las llamas habían prendido en los fardos de paja

Aún dio unos cuantos golpes a la puerta, pidiendo auxilio Pero se tuvo que separar de la puerta, pues las llamas también asomaban por allí.

Lisa se puso a gritar de espanto, de horror. Sin embargo las crepitantes llamas no habían de tomar en consideración su alarma. Siguieron haciéndose cada vez más intensas más voraces.

Llegó un momento en que por todas partes surgían y crecían las llamas. El calor se hizo realmente sofocante. En cuanto al humo, hacía casi imposible el simple hecho de respirar

Lisa iba retrocediendo por un lado y luego por el otro Estaba ya en el centro del pajar, rodeada de llamas, tosiendo

En un momento dado, unos fardos de paja se derrumbaron y uno de ellos le cayó cerca.

Lo suficientemente cerca para que, antes de darse cuenta las llamas hubieran prendido en su vestido.

Corrió lo que pudo hacia el otro extremo, pero con su rapidez sólo consiguió avivar el fuego de sus ropas

Intentó apagar aquellas llamas, pero inútilmente. El vestido era ya una enorme llamarada, que ascendía

Su cabello empezó a arder. Y Lisa soltó un alarido.

Poco después, el fuego del pajar la rodeaba, la abrazaba. La había alcanzado y ya no la soltaba.

Lisa sólo podía gritar y gritar, mientras se agitaba desesperadamente entre las llamas. Su rostro aparecía deformado por el más terrible y espantoso de los sufrimientos.

Sus horribles gritos, sus espantosos alaridos, dejaron finalmente de oírse. Acababa de caer desvanecida.

Era lo mejor que podía sucederle.

Ya todo su cuerpo ardía.

La carne se quemaba, se chamuscaba.

El rostro de ella había acabado convirtiéndose en algo parecido a una máscara horrible, monstruosa.

Aunque, claro, pasados unos minutos ni siquiera esa máscara quedaría ya. Lisa se había convertido en algo totalmente carbonizado.

El pajar era ya una sola e impresionante llamarada que se veía perfectamente


desde todo Bannonwell.

CAPITULO VIII

A la señorita Lillian no le había costado nada conseguir invitaciones para ir a la fiesta de los Holcomb.

Así que Scott y Loretta estaban allí, en la nueva casa, que al llegar encontraron profusamente iluminada.

Holcomb no era más que el dueño del supermercado, y nunca había echado a faltar una casa mejor que aquella en la que hasta entonces había vivido. El disfrutaba teniendo el dinero en el banco y cobrando sus buenos intereses. Pero había intervenido su hizo Tom, que tenía los humos subidos a la cabeza, y había acabado convenciéndole de que debían convertirse en los más envidiados de la localidad.

De ello, pues, que compraran aquella casa y organizaran aquella gran fiesta, y que cursaran invitaciones con todo el refinado empaque que parecía estar de más dado la clase de personas sencillas que eran en realidad.

Como fuera, Tom, que era quien había personalmente organizado la fiesta, no había regateado dinero y todo estaba resultando perfecto.

La pequeña y delgada señora Holcomb se había arreglado esmeradamente. Llevaba un costoso y elegante vestido, y lucía un peinado que la favorecía mucho. No, ya no iba con aquel moño en la nuca. Parecía, desde luego, una mujer totalmente dichosa.

Era el propio Holcomb quien no se sentía tan satisfecho como su hijo y esposa. Quizá estaba pensando que toda aquella fiesta era un puro despilfarro que hubiera podido muy bien evitarse. Por lo demás, Holcomb, corpulento, con el cuello grueso como un toro, se sentía incómodo dentro del traje nuevo que le habían hecho ponerse.

En fin, que los invitados eran muchos, que la fiesta estaba resultando muy lucida y que todo iba como era de desear.

Lo fue al menos hasta que, sin previo aviso, se presentó el inspector de policía.

En aquel momento todos recordaron que en Bannonwell habían muerto ya tres chicas. Dos de ellas a causa de una maquiavélica mezcla de gasolina, azufre y fósforo que las convirtió en auténticas antorchas. La otra, la noche antes, en un pajar que ardió por sus cuatro puntos cardinales.

Al ver entrar al inspector, Tom se puso pálido. O mejor dicho, se quedó lívido.

—El inspector va a pensar que tiene usted algo que ocultar —le dijo Scott que

estaba a su lado.

—¿Cómo...? —se sobresaltó Tom.

—Me refiero —le informó— a que debería poner otra casa. La de ahora da pie a conjeturas. Y le hablo como un amigo —se apresuró a decir.

—Como tal está aquí, ¿no es eso? —pero le miró más receloso que otra cosa.

—Claro que sí —asintió Scott—. Por eso me he permitido aconsejarle. Ande, sonría, anime la expresión.

—Me cuesta sonreír —dijo Tom—, Sé que el inspector desconfía de mí.

—Me parece que deduce usted con excesiva facilidad.

—Mi padre dice que soy yo quien inspira al inspector las mayores sorpresas. ¿Y quiere saber por qué? Pues porque Vanessa y yo nos veíamos a escondidas. Como si eso tuviera tanta importancia. No tenía ninguna máxime cuando ella era la clase de chica que era...

—Entonces, ¿por qué no hacerlo todo al descubierto? —observó Scott.

—La pregunta es oportuna, evidentemente —asintió Tom—. Pero la respuesta es sencilla. Si mi madre se hubiera enterado de que Vanessa me gustaba, hubiera armado un alboroto de todos los demonios. Usted no conoce a mi madre, es un caso. Tampoco sabía mi padre que me veía con Vanessa, claro que no. Lo ha averiguado después.

Pero, bueno, mi padre es distinto.

—¿Y qué podía tener de malo que Vanessa le gustara? —Era una prostituta.

—Si va a la ciudad y busca pasar el rato con cualquier otra chica, también será eso, ¿no le parece?

—Sí, claro. Pero usted no me ha entendido del todo. No es que Vanessa me gustara simplemente para pasar el rato, lo cierto es que estaba enamorado de ella.

—¿ Y ella? —Scott consideró oportuno saberlo. —Ella no me tomaba en serio. Decía que mis padres nunca consentirían esa boda y que lo mejor que podía hacer era dejarla tranquila.

—Y de todo ello deduce su padre, y usted por lo visto deduce otro tanto, que el inspector... A propósito —terció—, ¿su madre sabe ahora lo referente a esas citas secretas que llevaba usted a cabo con Vanessa?

—Yo nunca le he dicho nada —contestó Tom—. Mi padre tampoco.

—Sin embargo, por aquí y por allá todo el mundo...

—Sí, es cierto —reconoció Tom—. Pero no, no creo que haya llegado ningún comentario a oídos de mi madre.

—Celebraré que así sea, por usted, que indudablemente está deseoso de no contrariarla.

—¿A qué contrariarla, a qué enojarla, si Vanessa ya no vive? No vale la pena volver atrás. Pero si algún día averiguo quién la mató... —y Tom cerró amenazadoramente los puños.

—De momento —le aconsejó Scott—, lo mejor que puede hacer es no parecer el sospechoso número uno. Trate con naturalidad al inspector.

Al otro lado del salón, Loretta se hallaba conversando con la señorita Lillian y con la señora Holcomb. Esta decía:

—Hace años que soñaba con vivir en una casa como ésta.

—Una casa preciosa —ponderó la señorita Lillian— Han tenido un gusto exquisito.

—Su casa es tan bonita o más que ésta —la señora Holcomb le devolvió el cumplido—. Desde luego yo no podré disfrutar de la mía tanto como usted de la suya. El supermercado nos ata mucho, nos exige trabajar mucho a los dos.

—Querrá decir a los tres —puntualizó la señorita Lillian—. Tom...

—No contaba con él —reconoció la señora Holcomb—Los jóvenes, ya se sabe, quieren divertirse, pasarlo bien y dejar los quebraderos de cabeza para más adelante.

—Por cierto, ¿ha superado ya la pena de perder a esa chica...? —y la señorita Lillian lo preguntó como quien habla de algo que nadie ignora.

—¿A qué chica se refiere...?

—A Vanessa, claro. Tom la amaba mucho a pesar de ser lo que era...

—¿Qué ha dicho usted? —se crispó la expresión de la señora Holcomb—. ¿Que mi hijo amaba a Vanessa...?

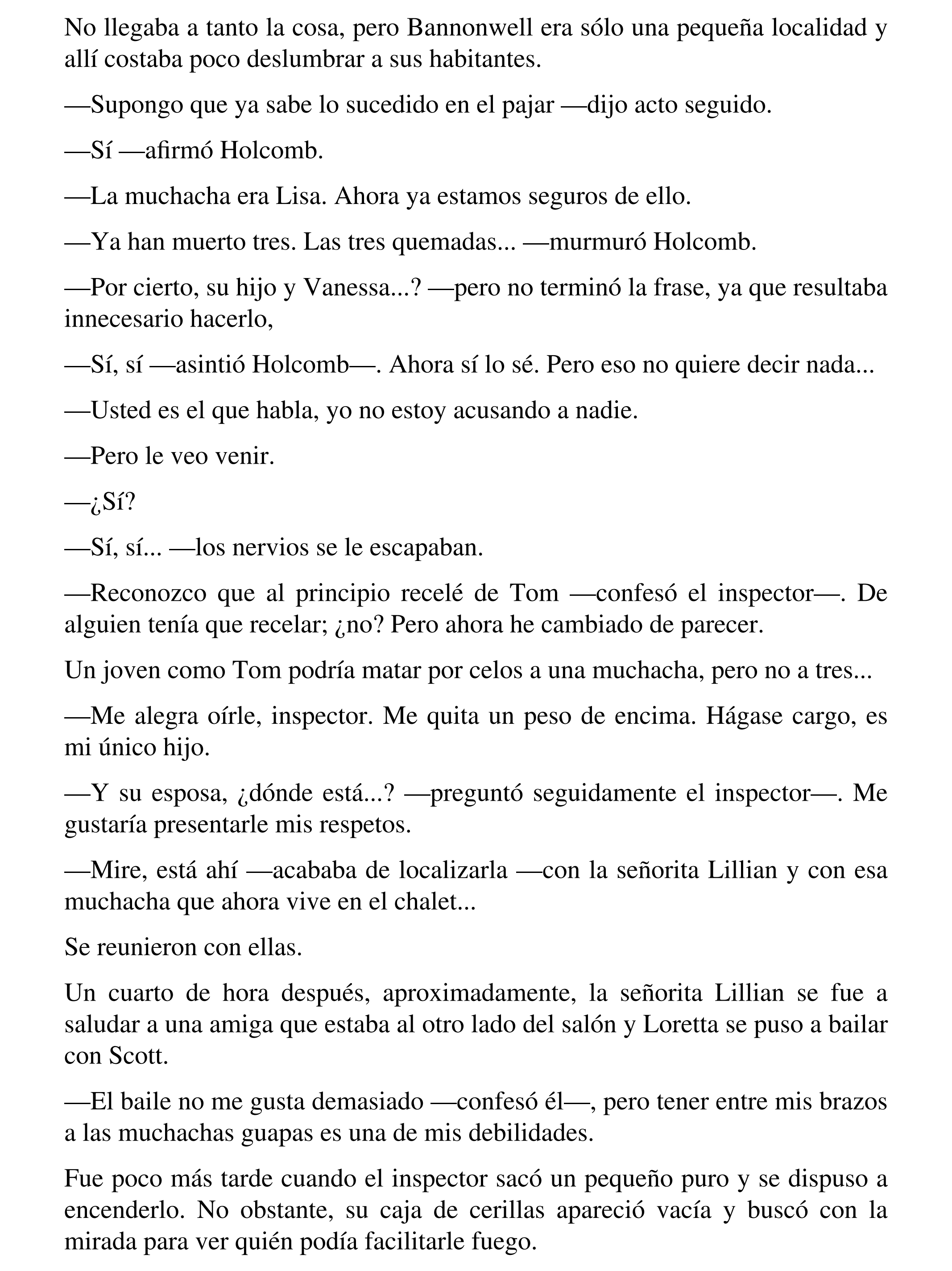
—Oh, suponía que lo sabía. ¡Cuanto lo siento! —y la señorita Lillian no veía el modo de evitar el patinazo que ya no tenía remedio, que ya había dado.

Loretta no había despegado los labios. Se había limitado a escuchar. Luego se lo contaría todo a Scott, quizá él sacara alguna conclusión.

* * *

El inspector de policía se había dirigido rectamente hacia el señor Holcomb.

Le saludó, dándole un apretón de manos. Luego le dijo que era aquélla una casa digna de verse.


No llegaba a tanto la cosa, pero Bannonwell era sólo una pequeña localidad y allí costaba poco deslumbrar a sus habitantes.

—Supongo que ya sabe lo sucedido en el pajar —dijo acto seguido.

—Sí —afirmó Holcomb.

—La muchacha era Lisa. Ahora ya estamos seguros de ello.

—Ya han muerto tres. Las tres quemadas... —murmuró Holcomb.

—Por cierto, su hijo y Vanessa...? —pero no terminó la frase, ya que resultaba innecesario hacerlo,

—Sí, sí —asintió Holcomb—. Ahora sí lo sé. Pero eso no quiere decir nada...

—Usted es el que habla, yo no estoy acusando a nadie.

—Pero le veo venir.

—¿Sí?

—Sí, sí... —los nervios se le escapaban.

—Reconozco que al principio recelé de Tom —confesó el inspector—. De alguien tenía que recelar; ¿no? Pero ahora he cambiado de parecer.

Un joven como Tom podría matar por celos a una muchacha, pero no a tres...

—Me alegra oírle, inspector. Me quita un peso de encima. Hágase cargo, es mi único hijo.

—Y su esposa, ¿dónde está...? —preguntó seguidamente el inspector—. Me gustaría presentarle mis respetos.

—Mire, está ahí —acababa de localizarla —con la señorita Lillian y con esa muchacha que ahora vive en el chalet...

Se reunieron con ellas.

Un cuarto de hora después, aproximadamente, la señorita Lillian se fue a saludar a una amiga que estaba al otro lado del salón y Loretta se puso a bailar con Scott.

—El baile no me gusta demasiado —confesó él—, pero tener entre mis brazos a las muchachas guapas es una de mis debilidades.

Fue poco más tarde cuando el inspector sacó un pequeño puro y se dispuso a encenderlo. No obstante, su caja de cerillas apareció vacía y buscó con la mirada para ver quién podía facilitarle fuego.

—Aquí tiene, inspector —le ofreció gentilmente la pequeña y delgada señora Holcomb.

Acababa de alargarle un encendedor de oro.

Ese encendedor tenía una forma muy peculiar. Como si se tratara de la cabeza de un dragón. La lengua del dragón, al ser accionada hacia abajo, hacía surgir la llamita.

—Precioso encendedor —comentó el inspector de policía, lejos de imaginarse lo que tenía entre las manos.

CAPITULO IX

Al salir de la fiesta de los Holcomb, el periodista acompañó a Loretta hasta el chalet. No se fue de allí hasta que oyó que cerraba bien la puerta.

—Mañana voy a ir a Londres —le había dicho—. Necesito entregar un par de artículos a mi periódico. Además, aprovecharé el viaje para ver de indagar algunos pormenores. Es posible, pues, que no regrese en un par de días, aunque, desde luego, estaré de vuelta lo antes posible. Tú mientras tanto, quietecita aquí, ¿entendido? Así que pueda, yo vendré a buscarte. Ah, te telefonearé a diario.

Loretta había soportado bien aquel primer día. Había estado sola en el chalet, pero se había distraído leyendo y viendo la televisión y las horas le habían pasado relativamente rápidas.

Sin embargo, la verdad es que se alegró de que llegara la noche. Tenía ya ganas de acabar con aquel día.

Pero no había hecho nada, apenas se había movido, y no estaba cansada, y no tenía sueño. Iba a dar muchas vueltas en la cama.

Pensó en la noche antes, cuando regresó de la fiesta de los Holcomb. Antes de acostarse miró a través de los cristales de la ventana de su dormitorio. Se había dicho a sí misma que no lo haría, pero lo hizo. Estaba preguntándose si estarían o no estarían allí aquellos esqueletos, y acabó acercándose a mirar. No pudo vencer su propia curiosidad.

No vio a nadie. Todo era normal. Como si lo de aquella otra vez sólo hubiera sido una pesadilla.

Esta noche, después de estar sola todo un día y de haber hablado con Scott un máximo de tres minutos a través del hilo telefónico, la tentación de mirar por la ventana volvió a repetirse. De nuevo le vencía la curiosidad.

Aunque lo que sentía no era exactamente curiosidad, sino ' una mescolanza de expectación, de ansia, de intriga y también de angustia, y por descontado de miedo.

No obstante, se acercó a la ventana de su habitación convencida de que aquellas apariciones no volverían a producirse. Lo mismo que la noche antes, sucedería ésta. No vería nadie. Todo sería normal.

Sin embargo, apenas miró hacia fuera, quedó envarada, tensa. Después empezó a temblar.

Allí abajo estaban los esqueletos, y danzaban, danzaban con redobladas energías.

Debían estar, más o menos, donde se hallaban la otra vez. Pero les veía bastante bien, a pesar de no estar escondida tras ninguno de aquellos matorrales, porque la noche no era tan oscura.

Tampoco había tanta niebla.

Pasados los primeros segundos de susto, de horror, Loretta bajó corriendo a la planta baja para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, y de que se hallaban igualmente bien cerradas todas las ventanas.

Ya tranquila a este respecto, volvió a su dormitorio. Se acercó nuevamente a la ventana.

Por descontado, la luz estaba apagada.

Los esqueletos seguían danzando...

Loretta se dijo que debían hacerlo con música, como aquella otra noche. Pero ella desde allí no oía nada. Optó por abrir un poco la ventana.

Hecho esto, la música llegó ya, aunque débilmente, hasta sus oídos. Y se trataba, lo hubiera asegurado, de la misma música que en aquella otra ocasión.

Una música que se iniciaba lentamente y que poco a poco aumentaba la velocidad del ritmo hasta convertirse en vertiginosa y llevar a los danzarines al paroxismo. En esa música había ruido de tambores.

Volvió a cerrar la ventana, mientras se daba cuenta de que seguía temblando.

«No debo temer nada... —se dijo a sí misma, sin duda queriendo tranquilizarse—. Como no voy a abrir... Ya se cansarán, y se irán... ¡Pero qué alucinante es todo esto!»

Un rato después oyó que sonaba el teléfono.

Se extrañó. ¿Quién podía llamarla a aquellas horas? Con Scott ya había hablado. Bajó a la planta baja, pues el teléfono estaba en el saloncito, y cogió el auricular.

—Diga.

—Soy yo... —dijo una voz hueca y cavernosa.

—¿Quién as usted? —preguntó Loretta, pero huelga decir que ya lo sabía.

—Soy Danny Gregg —respondió la voz hueca y cavernosa—. ¿No vas a salir...? Hemos bailado en tu honor...

—No..., no voy a... a... salir... —a Loretta se le atrabancaban las palabras.

—Ven, te estamos esperando —insistió.'

—Me dijiste... —le recordó la muchacha— que si volvías a verme me matarías... ¿Acaso ya no te acuerdas de lo que me dijiste?

—Olvídalo. Y ven a danzar con nosotros.

Loretta no resistió más el sonido de aquella voz hueca y cavernosa y de súbito, rotos los nervios, colgó bruscamente el teléfono.

Después corrió hacia arriba y volvió a mirar a través de los cristales de la ventana.

Pero no, allí abajo ya no estaban los esqueletos. Como si se tratara de algo muy importante.

Loretta se dijo que no lo descolgaría. Ya sabía quién era. El esqueleto...

Pero ¿acaso un esqueleto puede telefonear?

Se respondió que sí puede danzar, y hablar, y moverse, lo lógico es que también pueda telefonear.

Pero, bueno, era absurdo, ridículo, que se hubiera hecho esa pregunta y que se estuviera dando semejante respuesta.

El teléfono continuaba sonando. Con la misma insistencia.

Finalmente, la muchacha bajó a la planta baja y se adentró nuevamente en la salita, acercándose al teléfono.

Pero no se decidía a descolgarlo. ¡Resultaba tan pavorosa, tan aterradora, aquella voz hueca y cavernosa!

Ring... Ringgggg...
Se decidió.

—Diga —toda ella estaba llena de angustia, de miedo.

—¿Pero qué te pasa...? —surgió al otro lado del hilo el tono agradable y varonil de Scott Bell—. ¿Por qué has tardado tanto en contestar...?

—Oh, ¡eres tú! —exclamó Loretta—. ¡Qué alegría me da oírte! Creía que era..., que era otra vez...

—¿Quién creías que era? —Y deduciendo por el miedo que aleteaba en la muchacha—: No me lo digas, ya lo sé. Te ha telefoneado el esqueleto...

—Sí —asintió Loretta.

—¿Qué te ha dicho? —quiso informarse.

—Que salga del chalet, que vaya a bailar con ellos... Porque los otros esqueletos también están abajo... Y sí, los he visto, están danzando... Lo mismo que la otra noche... Bueno, por lo menos estaban ahí hasta hace poco...

—No te pongas nerviosa —dijo Scott— y haz lo que voy a decirte. ¿Me oyes bien, Loretta?

—Sí, Scott.

—Desde luego, y esto cae por su propio peso, no debes salir ni reunirte con nadie. Por lo demás, aunque oigas que suena el timbre de la puerta, tú nada, lo mismo que si te hubieras vuelto sorda.

—De acuerdo.

—Si surgiera algún imprevisto, que no creo, telefonea al inspector. Ten preparado el número.

—Sí, Scott.

—Pero no sucederá nada, puedes estar tranquila. Si existiera peligro yo estaría a tu lado.

—Confío en ti, Scott.

—Por lo que se refiere a mañana —agregó el periodista—, quiero que sea el día en que todo quede solucionado.

—¿Respecto a esas muertes? —preguntó ella.

—Respecto a esas muertes, a esos esqueletos y a todo este asunto.

—¿ Y cómo vas a conseguirlo? —Espero que tú me facilites las cosas.

—¿Yo...? —se había asombrado de que ella pudiera hacer algo.

—Sí, tú.

—Dime, Scott —estaba dispuesta, a pesar de su miedo, a poner su mejor voluntad.

—Pues bien, Loretta, debes hacer lo siguiente...

* * *

A eso del mediodía debería salir del chalet y dirigirse a Bannonwell, al supermercado. No precisamente a comprar, sino a ver al señor Holcomb, a quien le diría que tenía que contarle algo de suma importancia.

Algo relacionado con las muertes de Vanessa, Sandra y Lisa. Le citaría en el chalet a las nueve de la noche. Como el supermercado se cerraba a las ocho, sería una buena hora. Le diría, asimismo, que le esperaba con su esposa.

A ella también había de interesarle sobremanera el asunto. Por descontado, también contaba con la presencia de Tom.

Después se encargaría de decir otro tanto a la señorita Lillian. La citaría, como es lógico, a la misma hora.

También debería hablar en idénticos términos a Harry Kidd y a su esposa, la gruesa Dorothy. Estos, posiblemente, opusieran reparos. La hora no resultaba

adecuada para ellos. Pero acabarían asistiendo, pues en realidad, dada la trascendencia del caso, no podían negarse. Ya encontrarían quien atendiera el negocio mientras tanto.

Para hablar a Harry Kidd y a su esposa, tendría que ir al Moon Flood. Pero en seguida saldría de allí. No era lugar para una chica como ella.

Evidentemente, el inspector no podía faltar. Así que tendría que hablarle también a él.

Se trataba, en consecuencia, de reunir a todos ellos en el chalet a la misma hora.

—Y todo esto, Scott, ¿con qué finalidad? —preguntó la muchacha a través del hilo telefónico.

—A esa hora apareceré yo y desenmascararé al culpable —le contestó Scott. Hubo de añadir—: Necesito que el culpable pierda los nervios lo antes posible, y eso lo conseguiré mejor y más fácilmente si a su alrededor están esas otras personas, y el inspector... Se sentirá atrapado apenas yo empiece a hablar y eso, en consecuencia, será un factor importante... Como sea, no lo dudes, caerá en poder de la justicia, como debe ser... ¿De acuerdo en todo? Sí, ¿verdad? Pues buenas noches, Loretta. Hasta mañana a la hora acordada.

—Buenas noches, Scott.

CAPITULO X

Ya estaban todos reunidos.

El primero en llegar había sido Holcomb y su esposa. Ambos con el semblante sombrío.

Luego lo hizo Tom, en el flamante coche que acababa de comprarse. El tampoco estaba muy optimista, saltaba a la vista.

Después llegó la señorita Lillian, quien se había arreglado con esmero. Ella esbozaba una sonrisa tenue, muy discreta, pero que contrastaba enormemente con lá expresión de los demás.

Porque Harry Kidd y su esposa Dorothy, que fueron los que llegaron poco después, también mostraban en su expresión una sombra de honda preocupación.

¿Para qué les habría citado Loretta, en realidad una desconocida para ellos? ¿Qué sería lo que querría contarles o preguntarles?

Harry Kidd y su esposa no tenían ni idea. Como tampoco debían tenerla los demás. Estaba claro que todos se hacían sus respectivas cábalas.

Finalmente había llegado el inspector de policía, que se limitó a saludar a todos y a quedar pendiente de lo que sucediera a continuación.

Sí, ya estaban todos reunidos.

El primero que no se vio capaz de soportar aquel silencio que parecía pender sobre ellos como una espada de Damocles, fue Holcomb.

—¿Se puede saber para qué estamos aquí? Tanto suspenso no es de mi agrado. -Y aquel hombre alto y corpulento con el cuello grueso como un toro, demostró, sin necesidad de otra cosa, que se sentía acobardado y temeroso como el que más.

—A mí también me gustaría saber para qué estamos aquí —dijo la señorita Lillian.

—Y a mí .. —añadió Harry Kidd, quien en aquella casa que visitaba por primera vez no había podido evitar el hecho de tropezar en un par de ocasiones.

—Por favor —intervino Dorothy, dirigiéndose a Loretta— díganos a qué viene todo esto. Usted es nueva aquí, apenas hace unos días que llegó... Desde luego, no esperábamos que fuera a vernos y a pedirnos que viniéramos... Menos aún, claro, para hablarnos de esas muertes horribles que... —se detuvo.

La señora Holcomb no había dicho nada. Tampoco su hijo Tom. El inspector

por su parte se estaba limitando a esperar.

—Son ya las nueve —repuso Loretta en aquel momento—. Dentro de unos instantes llegará la persona que les ha citado. Yo no he sido en realidad más que la intermediaria.

En aquel preciso instante sonó el timbre de la puerta de entrada.

Loretta fue a abrir, dejando a todos verdaderamente expectantes.

Poco después, Scott Bell aparecía ante todos ellos con desenvoltura y naturalidad. Pero ante todo con gesto de quien domina por entero la situación.

—Por lo visto es usted quien va a ponernos al corriente... —había sido la gruesa Dorothy la primera en hablar.

—Sí, en efecto —contestó Scott—, yo les voy a informar debidamente.

—Se está refiriendo a esas muchachas muertas, ¿verdad —inquirió Holcomb —. A esas tres prostitutas que...

—Exactamente —Scott le había interrumpido—. Sé ya quién es el culpable de esas muertes tan horribles.

—¿Lo dice en serio? —preguntó la señorita Lillian— ¿De veras lo ha averiguado?

—Si —afirmó.

Seguidamente les indicó que se sentaran. Pero lo que va se imaginaba ninguno tomó asiento. Todos prefirieron quedarse en pie. Estaban demasiado nerviosos. Se dirigió a Scott Bell el inspector de policía.

—Le escuchamos este feo asunto, y ya desde el principio —repuso Scott—, siempre se ha colocado en escena, en primera fila, un personaje que pudiéramos calificar de grotesco de ridículo, si no fuera porque en realidad sus características le hacían sencillamente espeluznante. Me refiero a un esqueleto Pero para mí, que nunca fui un niño miedoso, ni soy ahora un adulto al que se le pueda asustar fácilmente eso de que existiera un esqueleto viviente me iba francamente a contrapelo. Igual que para mí un fantasma no es más que un espantajo o persona disfrazada que sale por las noches. Ni una sola palabra.

Scott prosiguió, con lentitud, con parsimonia. Como quien sabe que el repoquer está en sus manos y se recrea de antemano. Era un modo como cualquier otro de empezar a poner nervioso al culpable.

—En consecuencia, alguien se disfrazaba de esqueleto para que sus crímenes fueran achacados, no a un ser normal sino a una aparición llegada sin duda del Mas Allá. Desde luego averiguar quién era esa persona que pretendía mentalizar de ese modo a los habitantes de Bannonwell no iba a ser sencillo. Cualquiera podía ser... Sin embargo, el esqueleto apareció de pronto bajo

otras características...

Una nueva pausa, que esta vez fue muy breve.

—A partir de esos momentos el esqueleto se dedicó a asustar, a atemorizar a Loretta —prosiguió diciendo Scott—. De ser sus intenciones malévolas, malignas, hubiera actuado como lo había hecho con las chicas del bar Moon Flood. Pero no, en este caso concreto se trataba simple y llanamente de asustar, de atemorizar. Así que, habiendo llegado a esta conclusión, yo empecé a hacerme preguntas... ¿A quién podía interesarle asustar a Loretta? ¿Y para qué? ¿Y con qué finalidad? Por lo demás, ¿qué puntos de contacto, de afinidad, podían existir entre esas muertes horribles y el hecho de asustar a la muchacha que acababa de ocupar este chalet?

Scott volvió a detenerse. Todos le miraban, pero sin decir nada, simplemente escuchando.

—Había algo más, un detalle a mi juicio muy significativo —continuó diciendo Scott—. El esqueleto se adjudicaba al hablar el sexo masculino e incluso decía su nombre, Danny Gegg... Pues dado que estaba intentando tergiversar los hechos, puesto que de esqueleto no podía tener nada, deduje, pues, que el tal Danny Gregg debía ser una mujer... Así que empecé a fijar mi atención en las mujeres...

Ahora bien, ¿a cuál de ellas, principalmente, podía interesarle asustar a Loretta? No lo sabía aún, pero ya tenía más cerrado el cerco...

Ante la nueva interrupción de Scott Bell, volvió a producirse de nuevo una pausa.

En esta ocasión, la señorita Lillian, que de pronto se había puesto muy nerviosa, sacó un cigarrillo y se dispuso a encenderlo.

La señora Holcomb le dijo entonces.

—La otra noche se dejó olvidado el encendedor en mi casa, sobre una de las mesitas. Por cierto, se lo presté al inspector, lo encontró precioso.

Lo traía para devolvérselo —y la señora Holcomb abrió el monedero, entregándoselo.

Era aquel encendedor de oro que tenía una forma muy peculiar. Como si se tratara de la cabeza de un dragón.

—Gracias por traérmelo —contestó la señorita Lillian—. No recordaba dónde lo había dejado.

—La otra noche —continuó diciendo Scott—, Loretta me telefoneó, pidiéndome angustiosamente que viniera. Acababa de vivir unos instantes horribles, espantosos, pues el esqueleto en cuestión le había obligado a seguirle hasta el mismo cementerio. Pues bien, al poco de descender yo del

coche al pie del montículo, me encontré con un hombre que se empeñó en que no siguiera adelante. Nos sacudimos mutuamente y todo acabó cuando el hombre huyó y yo pude seguir mi camino. Hasta aquí, nada de particular. Sobre todo porque aquel hombre no había actuado por cuenta propia, sino porque le pagaban. Así me lo confesó él mismo a la mañana siguiente.

Scott Bell se interrumpió, y durante unos segundos miró a unos y a otros. Pero miró a la señorita Lillian un poco más que a los demás.

—Ahora bien, ¿quién había pagado a ese hombre? —inquirió Scott—. Parecía difícil de saber, puesto que ni el propio interesado lo sabía. Por carta, sólo por carta le dijeron lo que tenía que hacer si quería ganarse unas cuantas libras. Pero si alguien sabía que yo iba a ir al chalet, es que sabía que Loretta iba a llamarme, y si sabía eso significaba que esa persona, precisamente esa persona y no otra, era la que iba a asustar a Loretta. Y no lo olvidemos, a Loretta le asustó el esqueleto. Así que fue el esqueleto el que pagó a ese hombre. En conclusión...

—Eso, diga en conclusión lo que sea —fue Tom el que no pudo seguir soportando aquella electrizante tensión.

—No se inquiete, amigo —dijo Scott—. Hay tiempo para todo. Por lo demás, las cosas deben contarse bien.

—Pero estamos tan impacientes... —adujo la gruesa Dorothy.

—Hágase cargo... —añadió Harry Kidd.

—Bien, de acuerdo —cedió Scott—, abreviaré. Y la mejor manera de hacerlo, es decir que he estado investigando en el pasado de ustedes... De ustedes tres —agregó, tras mirar a la señora Holcomb, a la gruesa Dorothy y a la señorita Lillian—. Estaba convencido, ya lo he dicho antes, de el esqueleto era una mujer...

—¿Y qué ha averiguado? —preguntó el inspector.

—Que el pasado de usted, señora —y miró a la señora Holcomb, que volvía a llevar un moño en la nuca—, no tiene nada de sospechoso. Nació en las periferias de Londres, se educó en un colegio mediocre y a los dieciocho años conoció al que hoy es su marido viniendo a vivir aquí.

Se detuvo de un modo apenas perceptible.

Continuó:

—He averiguado también, que el pasado de usted, señora Kidd —se había vuelto hacia la gruesa Dorothy—, no es tan transparente como el de la señora Holcomb. Sin embargo, aunque fue durante unos años corista de un teatro de revista, tampoco en definitiva he encontrado nada sospechoso que pudiera hacerme recelar.

Volvió a detenerse. De nuevo de un modo apenas perceptible. Prosiguió:

—En cuanto al pasado de usted, señorita Lillian —se encaró abiertamente con la interesada—, la cosa cambia... Por lo que he podido averiguar, usted tuvo un novio, un joven ingeniero del que estaba muy enamorada. Pero el novio le plantó el mismo día de la boda y se fue a vivir con una prostituta que le había absorbido el seso. Una prostituta con la que acabó casándose. Y la verdad es que fueron felices, muy felices.

Aunque no disfrutaron mucho de esa dicha, pues un día, nadie supo cómo ni por qué, ardió la casa en la que vivían. Sus cadáveres fueron encontrados juntos, estrechamente abrazados...

No hizo falta que Scott Bell dijera nada más para que la señorita Lillian comprendiera que todas las sospechas recaían sobre ella. Y se sintió descubierta, desenmascarada.

Evidentemente era ya todo inútil. Había perdido. Ahora sólo le quedaba afrontar los hemos cometidos con la máxima dignidad posible.

—Pues ya que lo dice usted... —dejó oír su voz, esforzándose porque sonara firme, segura—. Sí, en efecto, tuve un novio que me plantó el mismo día de la boda yéndose a vivir con una prostituta con la que llegó a casarse. Las prostitutas, según me había dicho mi novio en una ocasión, son las únicas que saben hacer bien el amor... En fin —añadió la señorita Lillian—, yo no me vi capaz de asimilar tanto menoscabo, tanta vergüenza y humillación, así que pensé en el modo de vengarme. Y sí, se me ocurrió una idea. De ello que no parara hasta conseguir unas esposas..

—¿Unas esposas? —le preguntó Scott, no sabiendo si había oído bien.

—Sí, esposas —ratificó la señorita Lillian—. Esas manillas de hierro que sujetan a los reos por las muñecas. Había pensado en acabar con mi novio de un modo que le hiciera lamentar una y mil veces el haberme abandonado por otra mujer.

Me había propuesto hacerle vivir la más horrorosa y sobrecogedora de las agonías. Así que le telefoneé, pidiéndole que fuera a verme a mi casita de campo. Yo por aquel entonces tenía una casita en un lugar apartado, aislado, donde un ser humano podía estar gritando una semana entera sin que nadie le oyera. Era, por tanto, un lugar idóneo para lo que yo deseaba hacer. Pero ¿qué era exactamente lo que yo me proponía? Sencillo, sumamente sencillo... Recibiría a mi novio con expresión amable, bondadosa, y le diría que había querido verle para que supiera que, a pesar de todo, no le guardaba ningún rencor. Le ofrecería una taza de café que él aceptaría, pues habría creído plenamente en mi buena fe. Pero, claro, como sea que en el café le habría echado un fuerte somnífero, caería dormido antes de poder darse cuenta de lo que realmente sucedía. Después se despertaría, claro... Pero ya estaría sujeto a uno de los barrotes de hierro de mi cama. Sujeto por las esposas, así que no

tendría posibilidad de escapar.

La señorita Lillian estaba dispuesta a contarlo todo. ¿Por qué no, si callar ya no podía salvarla?

—Telefoneé a mi novio —prosiguió con la relación de los hechos, con su voz firme, segura— aprovechando la circunstancia de que ella no estaba en el piso. Así mi novio no podría consultarle sobre mi llamada y acudiría a mi lado sin detenerse a pensar en que aquello podía ser una encerrona. Pero la suerte no estuvo de mi parte, cuando mi novio se dirigía hacia mi casita de campo tuvo un accidente de coche. Nada de importancia, pero se lesionó un brazo y tuvo que ir directamente a un hospital. Desde allí me llamó comunicándome que no podía acudir, que iría en otra ocasión.

La expresión de la señorita Lillian se mostraba inmutable. Pero dentro de ella se agitaba ese torbellino de desmesurado odio que en el pasado la impulsó a querer matar al hombre que antes había amado. Ese mismo alucinante torbellino que le había hecho acabar con Vanessa, Sandra y Lisa sin siquiera pestañear.

—Me había dicho que iría en otra ocasión —siguió diciendo—. Pero no, esa otra ocasión no llegó.

Ni volvió a telefonearme. Me enteré que se habían casado... Eso es cuanto llegué a saber. Sin embargo, yo insistí, volví a llamarle, y fue entonces cuando él me dijo que era mejor que no volviéramos a vernos. Me pidió perdón por lo mal que se había portado conmigo y eso fue todo. Bueno, eso es lo que él creía que iba a ser todo. En realidad...

Se interrumpió en medio de un silencio que erizaba el vello del cuerpo.

—En realidad —volvió a hablar la señorita Lillian—, yo me las ingenié para acabar con los dos. Sí hubo un incendio en su hogar, yo lo provoqué. ¿De qué modo? ¿De qué forma? ¿De qué medios me serví? Ahora no viene al caso decirlo. Debe bastarles con saber que nadie sospechó nunca de mí y que, por lo demás, todo aquello me proporcionó un inenarrable placer... A mí, ¿saben?, el fuego siempre me ha gustado, siempre me han alegrado sus llamas, siempre me ha confortado su calor... Pero, naturalmente, el verdadero placer consistió en los ayes, en los gritos, en los alaridos de dolor que oí proferir a mis víctimas... ¡Ni la música más maravillosa del mundo! Sin embargo —agregó la señorita Lillian—, el odio que sentía no desapareció con la muerte de ellos dos. Esto fue lo más terrible de todo. Me enteré de que habían muerto muy juntos, abrazados, y el odio revivió entre sus propias cenizas...

Se detuvo para coger aire hasta el fondo de sus pulmones No quena que se alterara el ritmo aparentemente normal de su respiración.

—Y con ese insufrible odio metido en el cuerpo como una lepra incurable he vivido todos estos años. Hasta hace poco —puntualizó—, cuando se me

ocurrió matar a todas las prostitutas de Bannonwell. Pero para actuar con la debida impunidad necesitaba...

—Salir y entrar sin que nadie le viera por la parte trasera de su casa, de su jardín. —En esta ocasión Scott Bell le ayudo a referir los hechos-. De ello que se le ocurriera asustar a la tía de Loretta, pretendiendo, sin duda, que abandonara su chalet. Porque desde este chalet, situado en lo alto de un montículo, se ve demasiado bien la parte trasera de su casa...

—Sí, sí —asintió la señorita Lillian—. Y desde luego conseguí asustar a la tía de Loretta. Pero estaba mal de salud y se murió, y por sí solo se solucionó el enojoso asunto Sin embargo, el chalet lo heredó su sobrina y todo volvió a complicarse.

—Entonces decidió asustar a Loretta. Primero a la tía luego a la sobrina, ¿no es eso?

—Sí, sí —asintió de nuevo—. Por eso, cuando cayó en aquel agujero y la oí gritar... Pensé que sería una buena idea sacarla de allí fingiendo ser...

—Explíquenos -le pidió Scott Bell— lo del esqueleto Se trataba de un mero y vulgar disfraz, ¿no es así? Un disfraz de efectos muy contundentes y efectivos entre la oscuridad y la niebla... Y en cuanto a la voz hueca y cavernosa, ¿qué nos dice? Un magnetofón automático, con una cassette debidamente grabada. Lo mismo que la música, con tambores incluidos, ¿no?

—Sí, un disfraz, un traje negro de arriba abajo con todos los huesos del cuerpo humano pintados de un blanco fosforescente... —dijo la señorita Lillian—. En cuanto a la voz y a la música, sí, un magnetofón y una cassette grabada cuidadosamente...

—Y respecto a los otros esqueletos, ¿qué? —inquirió Scott— Estos se movían a través de cuerdas pasadas sobre una de las ramas del árbol... De ese árbol solitario, que es donde precisamente, los esqueletos bailaban su desenfrenada y espeluznante danza. Usted los movía como si se tratara de marionetas.

—Sí, sí —reconoció otra vez la señorita Lillian— Ya veo que ha deducido con acierto, agudeza y perspicacia. Desde luego yo hubiera conseguido fácilmente mi empeño a no ser por usted. Luego de llevarme a Loretta hasta el cementerio, su miedo habría superado todo lo imaginado... Pero le telefoneó a usted, señor Bell, como yo ya deduje que haría, y usted consiguió llegar al chalet... De dejarle fuera de combate el hombre al que pagué, todo sin duda haría resultado diferente. No obstante, usted no se dejó avasallar y el hombre huyó... Ya usted en el chalet, al lado de Loretta, ella dejó de sentir el miedo preciso para abandonar el chalet de una vez, que es lo que yo pretendía... Saqué a relucir otra vez a los esqueletos —añadió la señorita Lillian—. Incluso telefoneé a Loretta, haciéndome pasar de nuevo por Danny Gregg...

Nada, no conseguí nada, ella había de seguir en el chalet... Y no sólo eso, esta

mañana nos ha citado para que viniéramos aquí...

—Quizá hubiera sido preferible —repuso Scott— que nos citáramos en su casa, señorita Lillian.

Allí hubiéramos encontrado, estoy seguro, irrefutables pruebas de su culpabilidad. El disfraz de los esqueletos, el diabólico combinado de gasolina, azufre y fósforo...

—Efectivamente —confirmó la señorita Lillian—. Quien vaya a mi casa encontrará, apenas busque un poco, todo eso. Pero yo no creía que nadie desconfiara de mí —observó—. Estaba lejos de suponerlo así.

—Dése cuenta, se ha equivocado —repuso Scott Bell.

—Va a conseguir unos buenos reportajes en exclusiva para su periódico —manifestó seguidamente la señorita Lillian—. Le felicito, señor Bell. Sin duda le subirán el sueldo.

—En eso confío —contestó Scott.

CAPITULO XI

De la forma más rápida, la señorita Lillian corrió hacia la puerta de salida, la abrió y se escapó montículo abajo

Pero era aquella una huida disparatada, sin sentido pues por mucho que corriera Scott iba a poder alcanzarla apenas se lo propusiera. Y no sólo iba a poder hacerlo Scott, sino también el inspector, y Holcomb, y Tom. Cualquiera de ellos. Sin embargo, lo que pretendía la señorita Lillian no era precisamente huir. Estaba bastante lúcida para saber que eso ya no podía hacerlo. Pretendía, simplemente, llegar a su casa y encerrarse allí dentro. Donde, de buenas a primeras nadie pudiera entrar.

Aunque, claro, sólo de buenas a primeras. Así que el inspector de policía llegara hasta allí, así como Scott y los demás, poco había de costarles abrirse paso. A las buenas o a las malas.

Pero mientras no llegara ese momento, ella tendría unos minutos a su favor. Nadie podría arrebatárselos.

Y es lo que se propuso hacer, aprovecharlos para que ya que no iba a poder seguir con su tarea de dejar limpia de -prostitutas la localidad de Bannonwell, al menos pudiera demostrar a todos que sabía morir como una auténtica heroína

Ya dentro de la casa, con la puerta bien cerrada, lo primero que hizo es subir al piso y asomarse al balcón Desde donde vio llegar a los que, evidentemente, se dirigían hacia ella para apresarla y entregarla a la justicia. Luego la justicia se encargaría de hacerle pagar sus culpas.

—¡No podrán detenerme! —exclamó, con la misma voz, firme y segura—. ¡No les voy a dar ese gusto!

—¡Entréguese! —le gritó desde abajo el inspector—. No va a conseguir nada con esta actitud...

—No me entregaré —aseguró la señorita Lillian.

—¿Qué va a ganar obligándonos a entrar a la fuerza? —le preguntó Scott Bell.

Por toda respuesta la señorita Lillian dio unos pasos atrás y cerró el balcón. Después corrió las cortinas.

Nadie vio lo que hacía a continuación. La casa seguía a oscuras. Pero la señorita Lillian, por descontado, lo tenía todo muy pensado, muy decidido.

Así que fue en busca de aquellas botellas que reservaba para las prostitutas de Bannonwell. En busca de aquella diabólica mezcla de gasolina, azufre y

fósforo.

Cogió las botellas y una a una las destapó.

Luego roció con su contenido la puerta de entrada, y las ventanas, y en fin, toda la planta baja.

Estaba dispuesta a que aquello se convirtiera en una gran y espectacular hoguera, donde ella acabase con su vida sin dar a nadie la satisfacción de verla vencida.

—Hemos de entrar —decía Scott Bell poco después.

Y descargó todo el peso de su cuerpo, de su hombro principalmente, contra la pesada hoja de la puerta de entrada.

La puerta se resistió y Scott volvió a tomar impulso, acometiéndola de nuevo.

El inspector sacó su pistola.

—Simplifiquemos —dijo.

—Es lo mejor —convino Scott.

Se dispusieron a descerrajar la puerta disparando contra la cerradura.

Pero en aquel preciso instante brillaron las llamas. De un modo tan súbito y virulento que tanto el inspector como Scott retrocedieron instintivamente.

Sin embargo, las llamas no sólo surgieron en la puerta, sino también en las ventanas, y en toda la casa.

Dentro de aquellas paredes, la señorita Lillian desorbitaba los ojos y miraba horrorizada el incremento de las llamas. Estas iban rodeándola, cercándola implacablemente.

No, no podía evitar su espanto ante la terrible muerte que le aguardaba. En vano estaba intentando controlarse.

Comprendió lo que iba a pasar. Las llamas acabarían prendiendo en sus ropas y envolviendo su cuerpo, y ella se pondría a gritar como una desesperada. No podría evitarlo.

Recordó esos ayes, esos gritos, esos alaridos de dolor que proferían sus víctimas y que a ella siempre le habían sabido a música maravillosa.

¡Oh!, ahora sería ella quien los lanzaría y todos pensarían que, como llevada de la mano de un burlón destino, había acabado del mismo modo...

Eso no podía consentirlo la señorita Lillian. Su orgullo le impedía ofrecer semejante espectáculo.

Pero ¿qué podía hacer para evitarlo?

Mientras se hacía esta pregunta, fue retrocediendo de las llamas que

avanzaban por un lado y de las llamas que avanzaban por el otro. Había acabado al pie de la escalera.

El fuego aún no había llegado al piso, aunque devoraba ya toda la planta baja, y ella subió la escalera, dirigiéndose hacia su dormitorio.

Ya sabía lo que tenía que hacer para morir quemada sin proferir un solo grito.

Así pues, una vez en su dormitorio, se dirigió al armario y lo abrió. Y buscó afanosamente en los cajones. Por ahí tenía que estar...

¿Qué es lo que buscaba?

Relativamente pronto lo encontró. Aunque ya para entonces el fuego estaba apareciendo por el pasillo y se adentraba, se acercaba, se colaba con rapidez en su habitación.

Había encontrado las esposas. Esas manillas de hierro que sujetan los reos por las muñecas. Pero ella las había conseguido pensando en su novio, al que había reservado una agonía inacabable junto a uno de los barrotes de su cama. Sin embargo, ahora las había buscado para ella. Único modo de soportar aquel infierno.

Porque ella se sentía ahora, ya con las llamas devorando su dormitorio, como en el mismísimo infierno.

Buscó un pañuelo de cuello, y tras una breve vacilación, en la que se dio cuenta de que su pulso no era muy sereno, se amordazó a sí misma. Fuerte, muy fuerte, casi brutalmente.

Seguidamente, se aseguró de que el nudo estuviera bien apretado, debidamente escañado.

No tenía que soltarse por mucho que ella agitara la cabeza.

Ya convencida de que el pañuelo no se movería de su sitio, y sabiendo, pues, que ni el menor grito podría salir de su garganta, se colocó las esposas.

Bueno, no se las colocó de la forma acostumbrada, tradicional. Primero encerró su muñeca derecha y luego colocó ésta en su espalda. Después llevó también a su espalda la mano izquierda, donde la metió en la manilla vacía.

Instantes después, las esposas habían quedado herméticamente cerradas.

Y ya queda poco por decir.

Las llamas llegaron hasta ella y alcanzaron el vuelo de su falda...

No salió ningún grito a través del pañuelo que amordazaba a la señorita Lillian.

Las llamas subieron por sus ropas y alcanzaron sus cabellos, que se incendiaron.

El pañuelo siguió ahogando cualquier grito.

Una enorme llamarada envolvió el cuerpo de la señorita Lillian. Crepitantes, feroces, las llamas se aferraron a ella.

La señorita Lillian desencajaba y desorbitaba la mirada. Parecía como si los ojos le fueran a salir de las cuencas.

Pero a pesar de todo el horror de aquellos alucinantes instantes, la señorita Lillian sonreía complacida en lo más hondo de su ser.

¡Nadie podría decir nunca que ella había gritado...! ¡Nadie podría decir nunca que ella había gritado...!

Envuelta en llamas, como una auténtica y monstruosa pira, terminó cayendo desvanecida.

No mucho después, su carne se quemaba, se chamuscaba. Hasta que quedó convertida en algo totalmente carbonizado.

—No hemos oído el menor grito, y las llamas están ya amainando —comentó el inspector, asombrado, verdaderamente perplejo.

—Es extraño —musitó Loretta a su vez.

—A mí no me sorprende —dijo Scott.

—¿Habrá huido...? —receló el inspector.

—He estado vigilando la puerta trasera —repuso Scott—. No ha huido. Ella sigue dentro de la casa.

—Pero la casa ha ardido por entero.

—Y ella con la casa —ratificó Scott—. Ha querido y ha sabido morir del mismo modo que mataba. Quizá en esto haya estribado su única virtud.

—Parecía una buena mujer —comentó Loretta—. Y sin embargo...

—No me gustaban sus ojos —manifestó Scott Bell—,

Había en el fondo de ellos algo tan frío y helado como el escalpelo de un forense, y algo tan inquietante, partido y dividido como la mente de un esquizofrénico. A mí me gustan los ojos diáfanos como la luz del día y nítidos como el azul del cielo. Unos ojos como los tuyos, Loretta.

F I N